

Los Misterios
DE LONDRES.

Tomo 16 de la Coleccion.

b. 12511390

i. 24889921

Los Misterios
DE LONDRES,

NOVELA DE

SIR FRANCISCO TROLOPP,

traducida

POR D. RAFAEL DE CARVAJAL.



VALENCIA: 1845.

LIBRERÍA DE CASIANO MARIANA,

calle de la Lonja de la Seda.



Los Editores

DE FONDRES,

ROYAUME DE

FRANCE

Paris

Es propiedad del Editor.



VALENCIA 1815

Imprenta de D. Benito Mousfort.

XVII.

Continuacion del anterior.

 sí que se marchó Mr. Smith nos quedamos solos Harriet y yo, mas no tuvimos tiempo de hablar una palabra, porque casi inmediatamente nos sirvió un criado varios platos, que no desairó Saunie, y que mi hermana y yo apenas tocamos. ¿Quién es éste Mr. Smith? le pregunté al postillon. ¡Oh! me contestó con la boca llena, es ese caballero con la visera verde, que os ha estado hablando. Eso ya

lo sé, amigo, le repliqué, ¿pero qué clase de hombre es? Un hombre como vos y como yo, me dijo con mucha inocencia. Me voy á acostar, milord... Descansad tranquilo, que la silla estará lista mañana para cuando queráis.

Harriet y yo seguimos el egemplo del postillon, y nos fuimos á nuestros cuartos que estaban contiguos, y separados únicamente por una puerta cerrada, por la que hubiéramos podido hablar, y desde luego me ocurrió que Mr. Smith podia haber hecho cosa peor. Oí á mi hermana meterse en la cama, y darme las buenas noches con su dulce y amable voz, y yo que estaba cansado me eché tambien vestido sobre la mia, y me dormí al instante, pero con ese sueño ligero é inquieto que deja á los órganos la facultad de sentir. ¡Qué cruel es ese sueño, Dios mio! se está oyendo, y cree uno que sueña, que fue cabalmente lo que me sucedió. Por casualidad se habia quedado abierta la ventana de mi cuarto, y apenas cerré los ojos, sonó en mis oidos un murmullo de voces comprimidas, que despues que lo he reflexionado, y aun hoy

mismo, creo que hablaban debajo de ella.

—Es hermosa, decia una voz que me parecia la de Mr. Smith, aunque ya sin su disfraz de gazmoñería puritana.

—Es verdad, respondia otra, pero no es la duquesa de.... y el diablo me lleve si vale la pena de atravesar un árbol en el camino! Esto se llama coger un conejo en la trampa de un lobo.

—Es hermosa, volvió á decir la voz primera, y Su Honor está en el castillo.

—Bien lo sé, dijo la otra.... A Su Honor solo le servirá una vez, pero en el coche de Sus Gracias los duques de.... debia haber diez mil libras, amen de las alhajas, y en el de estos nada absolutamente hemos encontrado.... Para esto no se abren zanjas, Mayor, ¡qué demonio!

—Vamos, amigo Pablo, que el árbol y la zanja servirán á su tiempo, á pesar de que el uno es muy delgado, y la otra poco honda, pues que el coche de esa gente no se ha roto. Ya vendrán Sus Gracias tambien.

—Mandaré ahondar la zanja, dijo Pablo.

—Pues yo me voy á tratar de la jóven, dijo Smith, ó sea el Mayor; Su Honor tendrá con ella un postre muy de su gusto.

Todo esto lo oía yo perfectamente, Stephen, sin escapárseme ni una palabra, pero tenia un velo en mi entendimiento, y me parecia que soñaba.... Alguna vez os habrá sucedido lo mismo.... Creia soñar, y raciocinaba, no obstante, vagamente, y me decia á mí mismo que aquel sueño era hijo de la desfavorable impresion que me habia hecho Mr. Smith. ¡Ay Stephen! la luz indecisa que en tales momentos alumbra nuestro entendimiento, sirve para arraigar el error de tal modo, que la accion de los objetos exteriores, los sonidos, el olfato, y hasta el tacto, se combinan con este estado de casi somnambulismo, y favorecen el sueño. Al fin llegué á no oír mas, y me dormí realmente, diciendo entre mí: ¡lo que son los sueños! ¡apuesto que lo voy á volver á tener! Y volvió con efecto, Stephen, ó por mejor decir, continuó cerca de mí el horrible drama, cuya primera escena os acabo de referir, y continuaron percibiendo mis

oidos las palabras con singular claridad, pero el sueño de mi entendimiento falseaba lo que percibian mis órganos. Oí como un ruido confuso hácia el cuarto de mi hermana, y como gritos sofocados y lamentos, á que siguió un profundo silencio, y yo creia siempre que soñaba, hasta que no oyéndose ya ningun ruido, me despertó uno de esos golpes eléctricos que vienen á veces á sacudir el sueño, pareciéndole á uno que cae en una sima, que va á dar en un despeñadero, ó cosas semejantes.

Al punto me tiré de la cama sobresaltado, y se agolpó en mi imaginacion cuanto habia oido mientras dormia, y me acometió un terror indefinible, pero sin poderme persuadir de la realidad, ¿porque quién sabe cómo se introduce el miedo en el alma en la confusion y turbacion de la noche? Me acerqué á la puerta que me separaba del cuarto de Harriet, y apliqué el oido á la cerradura sin oir nada; mas qué he de oir, ni qué espero, pensé, cuando ella naturalmente dormirá? Sin embargo, aquel silencio me estremecia, y dije con voz bastante baja: ¡Harriet! pero nada: ¡Harriet! ¡Har-

riet! volví á decir levantando la voz, y nada tampoco: entonces mi cabeza se trastornó, se me llenó el corazon de recelos, entreví la verdad, y conocí que lo que yo creyera sueño habia realmente pasado cerca de mí. Grité, di fuertes golpes en la puerta con los puños cerrados, y no respondiéndome voz ninguna, ¿si la habrán asesinado? exclamé corriéndome un frio sudor por todo mi cuerpo. Agarro una barra de hierro que servia para asegurar la ventana, fuerzo la puerta, entro en el cuarto de Harriet alumbrado por la luna, corro á su cama.... ¡ay! la cama estaba vacía.



XVII.

Novela.

HARRIET había sido robada, prosiguió diciendo Perceval, y aquellos gemidos que yo había oído entre sueños, eran de mi desgraciada hermana: la cama vacía, entre cuyas ropas metí las manos, estaba aun caliente, y sus robadores, por lo tanto, no podían estar lejos, mas yo ignoraba absolutamente hácia dónde me había de dirigir para perseguirlos. El cuarto en que había estado Harriet tenía tres puer-

tas: una que daba al que habia ocupado yo, otra que habia oido cerrar con llave y estaba sin haberse abierto, y la tercera á los pies de la cama, enfrente de la ventana.

— Ya sé qué cuarto es ese, le dijo Stephen poniéndole la mano sobre el brazo; por esa puerta que está á los pies de la cama vi entrar una noche dos hombres, el uno cubierto el rostro con una máscara, y el otro con una luz en la mano.... Mi padre estaba acostado en la misma cama que vuestra hermana.... Pero seguid, Frank, que os escucho con suma atencion.

Temblaba Stephen al decir esto, sentado enfrente de Frank, pálidos ambos, y sufriendo la misma emccion penetrante y amarga. Parecia que la rara coincidencia de ser uno mismo el sitio á que se referian sus desgracias, estrechaba mas los vínculos de afecto y amistad que los unian, al mismo tiempo que daba un colorido mas lúgubre á sus pesares, y hacia mas triste lo pasado reuniendo en un solo punto dos tan terribles catástrofes.

— Varias veces he oido contar el asesi-

nato de Mr. Mac-Nab, dijo Frank, pero siempre vagamente.... Vos me direis sus pormenores.... Tal vez sea uno mismo el autor de dos crímenes cometidos en un mismo sitio.... Y yo os aprecio tanto, Mac-Nab, que me uniré con vos para la venganza.

— Y vos, Frank, le contestó Stephen, sois el único hombre con quien yo consentiría en hacer causa comun contra el asesinato de mi padre.... Pero, continuad ahora refiriéndome lo que hicisteis despues de la desaparicion de vuestra hermana.

Me quedé de pronto como anonadado, apretándome con las manos el cerebro que se negaba á pensar, recorriendo con ojos turbados el cuarto en todas direcciones, y creyendo ver á cada momento la imágen de Harriet.... Me parecia imposible lo que sucedia, recordaba que nuestras leyes han purgado hace mucho tiempo á la nacion de las guaridas de bandidos, cuya audacia horrorizaba á nuestros padres; reflexionaba que.... pero la realidad, la evidencia inexorable destruia mis dudas, y por un momento creí que habia perdido la

cabeza, que tenia tan turbada, que estaba incapáz de tomar ningun partido. Esto duraria como un minuto, que pasé sentado á los pies de la cama, al cabo del cual la necesidad de hacer algo venció mi entorpecimiento, me puse en pie de un brinco, y me entré sin reflexionar por la puerta abierta que tenia enfrente, donde en cualquiera otra circunstancia me hubiera hecho sin duda pedazos, porque me hallé en una escalera de piedra, muy gastada y enteramente á oscuras, que bajaba á una gran profundidad.

— ¡Ah! dijo Stephen como si hubiera esperado otra cosa, y en seguida añadió: eso es muy extraño para mí, Frank, porque detrás de la puerta que decis, no he visto yo nunca mas que una pared de piedra.

— Yo no os digo mas que lo que me sucedió Stephen.... Y no es esta la primera vez que he oido hablar de esa pared.... pero todavía me oireis cosas mas estrañas: escuchad, y os asombrareis.

Me entré, pues, por la puerta sin tener la menor idea de la tal escalera, y apenas

pisé el umbral, me faltó el pie, porque la escalera empieza materialmente en el mismo umbral de la puerta.

—Entre la pared que he visto yo con mis propios ojos, Frank, replicó Stephen, pared llena de musgo, que parece tan antigua como el mundo, y el umbral de la puerta, hay un espacio en que caben dos hombres.... allí creo que estaban escondidos los asesinos de mi padre.

—No tengais duda en lo que os digo, repuso Perceval, porque hasta la menor circunstancia de aquella horrible noche está grabada en mi memoria con caracteres de sangre.

Perdido el pie, como os decia, así que pisé el umbral de la puerta, me deslicé línea recta y sin tocar casi las gradas de la escalera, hasta tocar en el fondo húmedo de un subterráneo, donde permanecí algunos segundos como herido de un rayo, pero en realidad únicamente atolondrado, pues á muy poco me levanté sin lesion ninguna. Mi primera idea fue volverme por la escalera, porque no podia creer que aquel camino que habia descubierto, por

casualidad, me conduciría adonde estaba mi pobre hermana, además de que ninguna idea tenía de la forma de aquel subterráneo, ni de su estension, ni de si había salida, y de que la oscuridad era tan completa, que solo encima de mí, y á mucha altura, se divisaba el débil resplandor de la luna que daba en la puerta por donde acababa de entrar. Mas al poner el pie en el primer escalon, me volví por un movimiento irreflexivo, y se me presentó un espectáculo tan raro, que mi razon rehusó al pronto darle crédito, y cerré los ojos para no verlo, pues por lo fantástico y hasta imposible me confirmaba en la idea de que había perdido la cabeza. Cuando volví á abrir los ojos, vi y distinguí perfectamente lo mismo que antes, y en vez de subir me interné en la oscuridad del subterráneo.

A una distancia tan enorme, Stephen, que aunque no la puedo calcular con exactitud, presentaba los objetos tan pequeños que los hombres parecían muñecos, percibí una claridad, y á su alrededor un grupo de cuatro ó cinco personas vivamente

iluminadas, que marchaban llevando en medio un objeto de color blanco, y al momento exclamé: ¡hermana! ¡mi pobre hermana! porque desde luego adiviné y conocí que era ella, ó su cadáver, la cosa blanca que conducian aquellos hombres que por la distancia me parecian enanos. Desde entonces cesó mi irresolucion, porque era preciso seguirlos cualquiera que fuese el resultado, y alcanzarlos á toda costa. De la repentina aparicion de aquel espectáculo á tanta distancia se inferia que no era recto el camino que se debia seguir para ello, pues solo así se podia explicar este hecho. Aquellas galerías subterráneas tenian una estension extraordinaria: la casa de Randal estaba en uno de sus extremos, y el otro, Dios sabe dónde iria á parar: el grupo de los cinco hombres y mi hermana caminaba á la luz de las antorchas, y yo nada tenia que me guiara: y por último, el que conducia el grupo sabia el camino, y yo lo ignoraba absolutamente.

Todo esto me ocurrió, ¿pero qué me importaba? Una sola cosa habia indudable

para mí que era la de que existían peligros que evitar, puesto que aquella gente no había ido en línea recta, y había parecido de repente á mi vista en un gran recodo, cuya pared me la había ocultado hasta entonces, y bien veis, Stephen, cuán vano era esto que solo me mostraba peligros, sin descubrirme los medios de evitarlos. Empecé, sin embargo, el camino, tomando la precaucion de llevar estendidas las manos hácia adelante para no romperme la cabeza contra alguna parte saliente, sirviéndome de guía la luz de las antorchas, y divisando siempre los del grupo, como se divisan los transeuntes desde lo alto del farol de San Pablo. El suelo del subterráneo iba siempre en descenso, lo cual facilitaba mi marcha, y pareciéndome á muy poco que los hombres que iban delante se engrosaban á mi vista, se redoblaron mis fuerzas y mi valor, y empecé á percibir un ruido sordo, que cada vez se iba haciendo mas distinto y parecido al del agua de una cascada muy alta.

— ¡El torrento de Blackblood! murmuró Stephen.

— Yo creia que no conociais aquel subterráneo, Mac-Nab; dijo Frank mirando fijamente á su amigo.

Stephen se sonrió amargamente, y le contestó:

— Frank, no teneis en el mundo mas amigo verdadero que yo, ni yo tengo tampoco otro mas que vos.... No desconfiemos, por Dios, uno de otro.... Creo que sospechais de mi tio Mac-Farlane, y yo no tengo ningun motivo para ello, y amo y respeto al padre de Clary.... Mas no creais, sin embargo, que lo defenderia á costa de una mentira.

— Perdonadme Stephen, dijo Frank algo avergonzado, pero demasiado sincero para disimular su involuntario movimiento de duda.

Stephen le alargó la mano, y siguió diciendo:

— No conozco, en efecto, ese subterráneo que decis, ni jamás he oido hablar de él, y os aseguro que es desconocido en aquella comarca. Pero en el supuesto de que existe, porque no dudo un punto de lo que decis, si lo atraviesa alguna corrien-

te de agua, ha de ser forzosamente el torrente de Blackflood, que se pierde debajo de la roca de Traghair, al sur de las ruinas de santa María de Crewe.

—Perdonadme, Stephen, volvió á decir Perceval.... y en cuanto á las sospechas que puedo tener de vuestro tio, vos mismo vais á ser juez de ellas....

Seguí andando siempre en un declive continuo, aunque poco sensible, y encontrando el suelo cada vez mas pegajoso y resbaladizo, hasta que sentí ya el aire húmedo, y tan claro el ruido del agua, que no me podia equivocar, y percibí una cosa muy blanca que contrastaba con la oscuridad, y era la espuma que formaba la cascada. A pesar de una especie de lluvia fria y muy fina, que me azotaba la cara, no me detuve hasta que toqué con los pies la espuma fosfórica que formaba el estanque en que caía el torrente de Blackflood, como lo llamais, el cual sin duda habia sido la causa de la vuelta que habian dado las gentes á quienes iba siguiendo, y que me habia ocultado la luz que llevaban. Allí dudé cuál seria el camino para atra-

vesar el torrente, temí no encontrarlo, me fui á derecha é izquierda, y por ambas partes y á los pocos pasos siempre encontraba la pared chorreando agua del subterráneo, que era en aquel parage bastante estrecho, por lo que me encomendé á Dios y entré sin titubear en el torrente.

Al pronto me arrebató la corriente, y tuve que luchar con desesperacion, porque como habia visto que aquella galería no era muy ancha, temí ir á dar con otra mas lejana que me hiciese perder el camino, y no poder socorrer á mi hermana, mas por fortuna la mayor fuerza del agua estaba en el sitio por donde habia entrado, y á las pocas brazas la encontré mas tranquila. Gran suerte tuve en esto, porque ya se iba interponiendo entre mi vista y la luz del grupo un muro negro, en términos que si me desvíó un ancho no mas de mi cuerpo, pierdo ciertamente el rumbo. Salí al fin á la orilla precisamente junto al ángulo de aquel muro negro, que no era mas que la pared del subterráneo, y seguí andando muy de prisa para entrar un poco en calor, porque estaba helado,

y chorreando agua mi ropa pegada al cuerpo, subiendo siempre el piso, como antes bajaba, y viendo tan claro el grupo de gente, que le iba á dar alcance. Mas este se detiene de repente, veo abrirse una puerta en la pared del subterráneo, y desapareció la luz.

— ¡Oh Stephen! este golpe que debia haber previsto, me aterró, y habiendo tenido la imprudencia de empezar á dar vueltas por ver si percibia luz ú otra cosa que me guiara, me hallé al fin sin poder atinar con la direccion de aquella puerta. Lo único que percibia era el ruido del torrente que, resonando por aquellas bóvedas, llegaba á mí como un sordo murmullo, lo mismo por la derecha que por la izquierda, al frente que por la espalda, y me consideré perdido, y me dejé caer de rodillas sin ánimo y sin fuerzas, lamentándome como un niño, llorando como una muger, y viniéndoseme á la boca la blasfemia, compañera siempre de la debilidad. Pero Dios que me tenia reservado aquella noche un horrible martirio, no me dejó morir en aquella lobreñez, como hubiera sido

preferible para mí, y cuando ya me habia completamente abatido la desesperacion, oí pasos á lo lejos y la voz de un hombre cantando una letrilla vulgar. Me aparté del paso y me pegué á la pared, y pasó el hombre cantando, que en mi entender era Saunie el postillon, y me fui tras de él, pues aunque no llevaba luz, su canto y el ruido de sus pasos bastaban para guiarme.

Así anduve algunos minutos, al cabo de los cuales oí rechinar una puerta y cesó el ruido de los pasos de Saunie, y me volví á ver perdido, mas estaba ya muy cerca del fin, y me pareció distinguir una cosa que relucia enfrente de mí. Entonces pude calcular, Stephen, la inmensa estension de aquel subterráneo. Aquella especie de claridad era el reflejo de un reflejo, (porque la luz de la luna no podia llegar hasta allí) que daba en un lienzo de pared enlucida, en donde estaba la puerta por donde habia entrado el postillon, y probablemente tambien los robadores de mi hermana. Desde el sitio en que yo estaba no podia ver de dónde venia la luz, pero al llegar junto á la puerta, distinguí á grande al-

tura una ventana, y por ella el cielo estrellado. A mis dos lados concluian las paredes del subterráneo en un semicírculo con entradas á diez ó doce galerías semejantes á la que acababa de recorrer, y sin duda tan anchas y tan largas, de manera que seria muy posible andar errando muchos dias por aquel tenebroso laberinto, si la muerte no lo sorprendia á uno en el camino. Desde abajo, y á aquella distancia, me pareció que la ventana estaba cubierta con una red, por lo que se me figura que el conducto por donde le entra la luz, que es como el respiradero de aquellas inmensas cavernas, debe tener alguna reja de hierro, que es forzoso hayais visto alguna vez, Stephen, porque estará al nivel del suelo....

Mac-Nab titubeó un poco, hasta que dijo por último:

—Allí hay lo que llaman el *agugero tragon*, donde dicen que un laird de Crewe hizo echar mil carros de tierra y no lo pudo cegar.... Y aun yo mismo, algunas veces, he dejado caer por él piedras bastante grandes, sin haber podido oír el golpe de la caída.

—¿Y dónde está situado ese agujero? preguntó Perceval.

—A cincuenta pasos mas adentro de las gradas de Crewe; contestó Stephen.

—De manera que yo me hallaba debajo del patio del castillo; repuso pausadamente Perceval; de modo que el espacio que hay mas allá de la puerta debe estar debajo del mismo castillo.

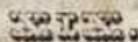
—Así lo creo, dijo Stephen: ¿pero qué es lo que hay mas allá de la puerta?

—Mucho tiempo ha que os hubiera contado esta lúgubre historia, repuso Frank en vez de responderle, si no tuviera en mi corazón una terrible sospecha, que por desgracia me confirman cada vez mas vuestras palabras. No me interrumpais que tengo ánimo de no ocultaros absolutamente nada.

Todo aquello llamó muy poco mi atención, porque no me hallaba en estado de reflexionar ni observar, sino que empujé la puerta que se abrió, y se volvió á cerrar por sí misma así que entré, y oí al momento un confuso ruido de cantos y risas. Anduve á tientas palpando por la oscuri-

dad hasta que encontré otra segunda puerta que cedió á mi empuje como la primera, y di un grito espantoso, y se cerraron involuntariamente mis ojos deslumbrados con la brillante luz de mil bugías que se reflejaba sobre una multitud de objetos que confundian la vista.





La Orgia.

EL sitio donde me encontré tan repentinamente, continuó diciendo Perceval, era una espaciosa sala abovedada, cuya magnífica iluminacion me deslumbró, principalmente á causa de la suma oscuridad en que habia estado antes. Tenia la figura de la nave de una iglesia, y me persuado que serviria de capilla católica, ó bien en las primeras persecuciones de los cristianos, ó en las posteriores del

tiempo de la reforma: sus paredes, de sillaría y muy húmedas, reflejaban débilmente la mucha luz de las arañas. En el testero de ella, donde ordinariamente está el altar mayor en las iglesias, habia colocado un tablado con una grande orquesta de músicos con trages de una magnificencia teatral. En el centro estaba una suntuosa mesa, cubierta de botellas y manjares esquisitos, y sentados á su alrededor cuarenta ó cincuenta frailes con hábitos franciscanos, y grandes barbas que les cubrian las tres cuartas partes del rostro, é interpoladas con ellos otras tantas mugeres lujosamente vestidas, con los pechos al aire, y el pelo suelto sembrado de flores ó diamantes.

Todos ellos, hombres y mugeres, bebían y reían tumultuariamente, y en la antigua capilla resonaban los clamores frenéticos de una orgía, con risas sin término, besos ruidosos, cantos y blasfemias. La profanacion de un hábito sagrado tenia algo de repugnante é impío, pues aunque para nosotros los protestantes no es mas que un antiguo recuerdo, es preci-

so que al menos se respete y cubra con el velo del olvido, como todo lo que ha muerto.... era, en fin, un odioso insulto á aquellas bóvedas católicas, y un ultraje sin disculpa y sin nombre. Las mugeres medio desnudas, cuyo blanco cutis hacia resaltar mas el tosco y oscuro sayal de los hábitos, los besos y ardientes sonrisas bajo aquella fria bóveda, los alegres cantos en aquel sepulcro, todo me horrorizó é hizo estremecer, creyéndome en el infierno y en una reunion de brujas, porque su alegría no era la alegría de los hombres. Era sí un júbilo salvaje y sacrílego, que cesaba de repente sucediéndole un silencio mortal, hasta que las mugeres volvian á reirse, los instrumentos á tocar, y los vasos y botellas á chocar unos con otros.

Por muy largo rato nada de esto pude ver, pues solo distinguí una luz inmensa y deslumbradora, y tuve que cerrar los ojos para librarlos de aquel fuego centelleante que los ofendia, hasta que hallándome así, oí una voz atronadora, y sentí que me asian dos robustos brazos que me dejaron en completa inaccion, y me echa-

ron despues muy bien atado sobre unos cogines que habia arrimados á un lado de la pared. Entonces fue, Stephen, cuando pude ver y enterarme de todos los pormenores de aquella increíble fiesta, y si he de ser franco os confesaré, que en los primeros momentos fue tal mi curiosidad y sorpresa, que olvidé mi desgracia y mi desesperada situacion, y creí que asistia á la representacion teatral mas inaudita. Nadie pensaba en mí, pues la conmocion que produjo mi aparicion repentina concluyó con grandes carcajadas, y el fraile que me ató se habia vuelto á su sitio, siéndome imposible distinguirlo entre los demás.

La orgía continuaba cada vez mas animada, y mis ojos pasaban con suma curiosidad de uno en otro de aquellos foragidos disfrazados de frailes, y os juro, Stephen, que habia entre ellos fisonomías muy distinguidas, con ojos espresivos, frentes blancas y reflexivas, y delicadas sonrisas, y por una singular combinacion me pareció que muchas de ellas no me eran desconocidas, y que con algunas habia concurrido varias veces. ¿Pero en dónde?

Tal vez debería atribuirlo á mi turbacion, Stephen, pero se me figuraba que habia visto aquellas caras en los salones de la alta aristocracia, y mi memoria se obstinaba en separar las facciones de los unos de sus barbas postizas, y el talle de los otros de su capucha prestada, y representármelos vestidos con el elegante traje de moda. En tan apurado momento eran, en verdad, bien frívolos estos pensamientos, lo confieso, y me admiro de haberlos tenido, amigo, pero no los podia desechar á pesar mio.

Desde entonces acá he concurrido muy rara vez á ninguna tertulia, porque el primer año, despues de aquella fatal noche, lo pasé retirado y lleno de luto el corazon, y el segundo viajando fuera de Inglaterra. Pero una vez.... la única me parece en que me he hallado en una reunion de gran tono desde entonces.... hará mas de un año, me encontré en casa del duque de Buccleugh con un hombre cuyo aspecto me hizo estremecer, porque hubiera jurado que era uno de los frailes fingidos del subterráneo de santa María de Crewe....

—¿Y bien? dijo Stephen.

—¡Y bien! repitió Frank: ese hombre era uno de los mas distinguidos oficiales del ejército, el coronel sir Jorge Montalt. Y despues de un año de ausencia, este domingo último, en el baile de lord James Trevor, creeriais, Stephen, que me pareció tambien reconocer en ese marqués de Rio-Santo.... Pero ahora no me podeis comprender, y voy á seguir mi narracion.

Casi todas las mugeres que os he dicho habia allí, eran muy bien parecidas, y acostumbradas sin duda á aquel ejercicio, porque ni las abatia el vino, ni los desórdenes; escedian en número á los hombres, y procuraban incitarlos con dichos y acciones indecentes y torpes. A veces cesaba el bullicio general, tocaba dulcemente la orquesta, y no se oia mas que un murmullo, porque la orgía cambiaba de aspecto: cuchicheaban cincuenta parejas al rededor de la mesa, veíase algun brazo torneado y blanco ceñir una tosca capucha, y ocultarse una sonrosada boca bajo las negras barbas de un capuchino. Y todo esto, Ste-

phen, no puedo dejar de repetiroslo, entre raudales de luz, entre las paredes de una iglesia, que todavía conservaban restos de pinturas sagradas, aunque deterioradas por la humedad, y sobre un pavimento lleno de losas sepulcrales!

Habia yo recorrido con la vista como la mitad de la mesa, cuando me llamó la atención por su porte y evidente aire de superioridad, un personage que parecia el rey de aquel tenebroso pueblo, el superior de aquel sacrilego monasterio, colocado en un asiento elevado y diverso de los demás, en una especie de trono. Jamás he visto hombre de figura mas elegante; llevaba una como toga de seda de color carmesí, que formaba magestuosos pliegues, y ocultaba en parte su rostro, como la de sus compañeros, una magnífica barba negra que le bajaba hasta el pecho, y sentaba muy bien con lo que se veía de sus facciones. Sus ojos dulces y reflexivos unas veces, imperiosos y terribles otras, imponían, en verdad, un decidido respeto, y su tersa frente estaba serena y tranquila entre aquellas otras bronceadas ó rojas,

pareciendo que todo brillaba á su alrededor cuando se sonreia. Todos le manifestaban deferencia y respeto extraordinario en medio de la licencia y libertad de la orgía, todos se inclinaban para hablarle, todos se ponian en pie para brindar á su salud, y á él se dirigian las mas espresivas sonrisas de aquellas mugeres, notándose en todas una especie de temerosa adoracion. No de otro modo se conducirán sin duda las esclavas del serrallo para disputarse una mirada del Sultan. A este hombre le llamaban Su Honor, y él correspondia al universal homenaje con la desdeñosa deferencia propia del poder absoluto: su sonrisa era cortés pero altanera, y su condescendencia mezclada con arrogancia.

Al lado de este hombre, en su mismo asiento y abrazada por él, habia una muger, cuyo tocado contrastaba singularmente con el de las demás: en su largo pelo rubio suelto no habia piedras ni flores, ni ceñia su talle un vestido de raso ó terciopelo, sino un peinador sencillo con guarniciones de muselina: parecia que se acababa de levantar de la cama para

venir á aquel festin, y presidirlo. No le podia ver la cara, porque estaba vuelta de espaldas, con la cabeza apoyada en el hombro de Su Honor, que de cuando en cuando le llevaba á los labios un vaso de cristal tallado, en que ella bebia. Esta criatura rubia y blanca me causó desde luego un dolor agudo, y se me habia helado la sangre de espanto, porque en aquella Bacante medio desnuda, que humedecia sus labios en el vaso de un bandido, y se abandonaba públicamente á sus caricias, me pareció reconocer á mi hermana.

— ¡Oh, Frank! le dijo Stephen con indignacion.

— ¿No es verdad que era una idea disparatada? exclamó Perceval brillándole repentinamente los ojos, ¿no era un horrible insulto á la angelical pureza de Harriet? ¿un ultrage indisculpable á la noble sangre de Perceval? ¿una locura, una debilidad, una vileza?

— A lo menos, contestó Stephen, era una idea que solo podia ser hija de vuestra turbacion y aturdimiento.

— ¡Oh, sí! teneis razon, mi turbacion

era estremada.... mi afliccion lo era tambien.... y la idea desatinada y vil. Por eso la procuré desechar con todas mis fuerzas, y cerré los ojos para recogerme y volver á mirar mejor. Aquel era seguramente ¡Dios mio! su pelo rubio, aquellas sus espaldas; ¿y aquel peinador no probaba, por último, que la acababan de arrancar de los brazos del sueño?

— ¡Ah, Frank! le interrumpió Stephen, os suplico que....

— Gracias, Mac-Nab, dijo trabajosamente Perceval apretando la mano de su amigo; os lo agradezco mucho.... sois generoso, y os amo.... ¡Oh! ¿no es verdad que defenderiais á Harriet contra cualquiera que osara decir que habia recostado su frente virginal sobre el hombro de un bandido?

— Estais delirando, amigo, exclamó Stephen: yo defenderia á todo trance su honor porque la he conocido.... ¿pero qué boca habria tan vil que se atreviera á acusarla?

Frank suspiró, se le estravió la vista, y con voz baja y calma aterradora dijo:

— La boca que para eso se abriese, quedaria cerrada para siempre.... porque yo solo en el mundo tengo derecho para acusar á la hija de Perceval.

Stephen sobrecogido de espanto nada dijo, y Frank continuó:

—Horrible tormento era aquel para mí, porque estaba sujeto sin poder hacer nada, ni aun moverme, ni aclarar la duda que me ahogaba. La jóven seguia vuelta de espaldas, y aunque mis ansiosos ojos no la abandonaban un momento, no podia conseguir ver su cara: todo cuanto allí estaba habia desaparecido para mí; solo habia quedado ella, y el hombre que llamaban Su Honor. Ellos tambien parecia que habian hecho lo que yo, aislarse de los demás: él la tenia abrazada, acariciándola con pasion y estrechándola contra su pecho, y ella correspondia sin cesar á sus caricias, notándose en ambos un amor muy diverso del obsceno que se veia en los demás de la mesa, pues el hermoso fraile tenia maneras delicadas y atentas, y ella conservaba candor hasta en su abandono.

¡Oh Stephen! ¡hubiera preferido verla como las otras, voluptuosa por hábito y por placer, y gozando de los deleites de la disipacion!... Decidme, ¿creeis que una muchacha arrancada de su cama, trasportada por subterráneos inmensos y desconocidos, á la roja luz de las hachas, en brazos de hombres de mala catadura, pueda perder de pronto el juicio y volverse loca?

Stephen comprendió al momento esta brusca pregunta, pero aparentó que no, y lo interrogó con la vista.

— ¡Qué! repuso Perceval con dureza; ¿no sabeis bastante para podérmelo decir?

— No hay duda, contestó Stephen, que el espanto, y el estupor pueden.... se han dado egemplares....

Frank lo interrumpió, y apretándose la frente con ambas manos, le dijo:

— Disimuladme, Stephen..... cuando me acuerdo de esto, deliro.... además, ¿para qué necesito yo del dictámen de la ciencia médica?... Ella no conocia á aquel hombre, y por hermoso que fuera, la fascinacion no podia producir efecto en media hora....

— ¿Pues qué era ella en efecto? murmuró Stephen.

Frank dió un brinco entre las sábanas, y exclamó:

— ¡Ella! ¿quién?... ¿Hablais acaso de Harriet Perceval?

Enfureciéronse sus ojos, y se incorporó en la cama mirando fijamente á Stephen pasmado: pero su cólera cedió del mismo modo que se habia promovido, y saltándosele las lágrimas que empezaron á correr por sus pálidas mejillas, le dijo:

— Perdonad, Stephen.... Sois bueno, y no os incomodareis conmigo.... Tengo delante de los ojos aquella horrorosa escena.... estoy viendo á aquel hombre.... veo tambien á mi desdichada hermana... ¡Dios mio, la queria tanto!... ¿Y por qué os lo he de ocultar? ¡Sí, Stephen, era ella! ¡era mi amable Harriet, mi hermana mas querida, mi hermana que era tan pura como los ángeles!

Frank sollozaba amargamente, y con voz apenas inteligible prosiguió:

— Figuraos cuán horrible y cruel seria para mí ver... ¡Pero vos llorais tambien!...

¡Y pude, Dios mio, verlo sin morir!...
 ¡Harriet, la desgraciada Harriet tendia al
 rededor del cuello de aquel hombre los
 brazos que debia guardar para su desposa-
 do Enrique Dutton!... Se creia sin duda
 en la funcion de los desposorios, y queria
 ocultar en el seno de su amante su púdico
 rubor de casada.... ¡Con Enrique hubiera
 sido feliz, porque tiene muy noble co-
 razou!

¡Ay Stephen! ¡no es extraño que mu-
 riera al despertar de aquel sueño tan hor-
 rible!... Pero aun no lo sabeis todo: basta
 de llorar, porque todavía no está vengada.



Continúa la orgia.

FRANK tuvo que suspender un instante su narracion, porque en su estado de debilidad lo afectó en extremo el recuerdo de estas crueles escenas, mas así que se repuso un poco continuó diciendo:

Parecia que todos se habian olvidado de mí, y nadie me hacia caso, ni á nadie llamaba la atencion: la algazara seguia, el vino exaltaba cada vez mas las cabezas de aquellas gentes, y el ruido llegaba á cubrir

en ocasiones la música de la orquesta. Su Honor se animaba también cada vez más, el vaso pasaba con frecuencia de sus labios á los de la joven, cuyas facciones no había yo aun logrado ver, y la miraba con ojos encendidos y apasionados. Yo temblaba sin saber por qué sobre los cogines en que me habían echado, y jamás podré olvidar la estremada desesperación que se apoderó de mí cuando descubrí la horrible realidad. Fue aquel un tormento inesplicable, ¡Dios mío! y ahora mismo que temo ver desvanecida la única esperanza de felicidad que me queda en el mundo, os aseguro que ni aun este golpe me puede traspasar tan cruelmente el corazón. Somos, Stephen, de una familia muy ilustre y muy orgullosa, y en mi educación me inocularon el honor de las antiguas generaciones caballerescas, y la afrenta es insoportable para el que se ha criado con altivos pensamientos.... Y á más, Stephen, ¡si os pudieseis figurar, sobre todo, cuánto la amaba!...

En uno de aquellos momentos en que sucedía el silencio á la bulla y algazara de

la fiesta, como la calma á la tempestad, calló la música, y vi á la jóven, de quien no se me escapaba el menor movimiento, levantar el vaso á la altura de su boca, y percibí una voz que decia:—¡Enrique, mi querido lord, á vuestra salud! Era la voz de Harriet, la voz de mi hermana, y di un grito terrible, é hice esfuerzos desesperados para romper mis ataduras, porque aquellas palabras me lo decian todo, todo lo que os he referido, Stephen... que estaba en el borde de un abismo, y que su locura le hacia creerse en un lecho de flores. Mas mis gritos los sofocó el choque de los vasos, y la algazara de los brindis, para los que habia dado Harriet la señal. Yo, sin embargo, continué dando gritos por ver si lograba que ella me oyese, y entonces se levantó uno de los frailes, se vino á mí, y me sacudió con la servilleta en la cara riéndose, cuya afrenta me produjo una convulsion de rabia, que me dió fuerzas para romper una de mis ataduras, y rodé un corto trecho fuera de los cogines.

—¡Qué muchacho tan endiablado! dijo

él; ¡cómo chilló!... Me parece que sería lo mejor ponerle una mordaza para que calle.

—¡No, por Dios, no! exclamé suplicándole: ¡Dejadme por piedad!... si mi hermana me oye, quizás volverá en sí.

—¡Hola! ¡hola! gruñó el fraile: pues así como así la cosa es muy posible.... ¡y á fe mía que no le gustaría mucho á Su Honor!...

Y diciendo y haciendo enrolló su servilleta, y me la ató fuertemente á la boca, sin podérselo impedir por mas que hice, y aunque todavía intenté gritar, no me fue posible, porque el infame lo habia hecho tan bien, que me habia puesto, en efecto, una mordaza. En seguida me volvió á echar sobre los cogines, donde me quedé sin movimiento ni accion. De todos los demás fingidos frailes ninguno se dignó á todo esto moverse de su sitio.

En este momento uno de ellos, que me pareció Mr. Smith, el que estaba en la casa de Randal, dijo lo siguiente:

—Señores y caballeros: esta noche esperábamos haber hecho una buena presa, mas puesto que nos separamos mañana, es

muy probable que el jóven duque de.... y su esposa pasen sin accidente por la inmediacion del castillo.... pero esto nada importa, porque en cambio hemos hecho otra, que parece es muy del gusto de Su Honor.

Este discurso fue vivamente aplaudido, y todos volvieron á beber, y empezaron las arengas en una especie de gerga ó germania, que no podia yo entender; mas alguna que otra frase que comprendí me bastó para conocer, que me hallaba entre los individuos mas notables de una asociacion organizada sin duda para el rapto, el pillage y el asesinato, de que Su Honor era jefe supremo, la cual tenia su centro en Lóndres, con ramificaciones en el extranjero, y á la que servian los subterráneos de santa Maria de Crewe para sitio de refugio en caso de peligro, y para *lugar de recreo* al mismo tiempo.

—¿Y no habeis cuidado nunca, le interrumpió Stephen, de dar á los magistrados las noticias necesarias para que pudiesen perseguir esa terrible asociacion?

—Desde luego lo intenté, amigo, con-

testó Perceval; pero vuestro tio Mac-Farlane es juez de paz de Dumfries.... á él se le encargó la informacion, y por dos veces se aguló el negocio en sus manos.

Stephen se arrepintió sin duda de haberlo interrumpido, y guardó un silencio embarazoso.

Su Honor, continuó Frank, segun pude entender, hacia años que vivia en el extranjero, y solo venia á Inglaterra cortas temporadas, pero al año siguiente debia venir á fijarse en Lóndres para llevar á cabo un vasto plan de robos y rapiñas: por manera que en la actualidad debe hallarse aquí.... añadió frunciendo las cejas.

Stephen redobló su atencion, pero Frank no dijo mas.

Me parecia, siguió diciendo, que algunos aludieron en sus arengas á planes combinados de muy antiguo, y brindaron con entusiasmo á la salud de un tal Saunders, el Elefante, que debia llenar de oro las arcas de la asociacion. Este nombre y el de Fergus fueron los únicos que oí pronunciar. Aquella comida era la última que debian tener en Escocia, porque se iban

á dispersar los asociados con instrucciones detenidamente discutidas en aquel tenebroso congreso.

Todo esto, Stephen, os parecerá tal vez increíble, y ¡ojalá no fuera mas que un sueño, y no tuviera yo tan terrible prueba de su realidad!... Mas á vos, y al que lo ponga en duda, les mostraré en comprobacion un sepulcro....

Su Honor habia contestado brevemente y con palabras muy medidas á todas las arengas, que parecia empezaban ya á cansarle, pues se volvia sin cesar á mirar á Harriet, como acusando á sus súbditos de que le robasen algunos momentos de placer. Al terminarse la última se puso en pie, hizo un saludo verdaderamente real, y dijo sonriéndose:

—Milores y caballeros; para cada cosa su tiempo: hemos pasado toda la semana discutiendo, combinando y deliberando... Ahora alegrémonos.

¡Estrepitosos aplausos resonaron por las seculares bóvedas de la capilla, y el nombre de Fergus! ¡Fergus para siempre! fue por todos repetido frenéticamen-

te. La orquesta rompió á una señal hecha por Su Honor, sonaron á un tiempo todos los instrumentos produciendo una viva y brillante armonía: formáronse algunas parejas, y siguiendo al preludeo un vals muy animado, á los cinco minutos bailaban la mitad de los concurrentes, y á los otros cinco no quedaban ya sentados mas que Su Honor y mi hermana. Todos bailaban formando un círculo al rededor de la mesa, que me fatigaba la vista seguirlo, y sentia en mi cara alternativamente el aire perfumado de los vestidos de terciopelo, y el roce de los hábitos de sayal: Su Honor seguia teniendo abrazada á la jóven del peinador, haciéndole caricias, hablando ambos en voz baja, y mi desdichada hermana engañada creyéndose sin duda feliz. Así que el vals llegó á su último término de celeridad, Su Honor besó la mano á mi hermana, y ajustándose la toga por la cintura, la tomó en brazos, bajó con ella las gradas de su asiento, y la orquesta cambió su acelerado compás por el de uno de esos flemáticos valeses alemanes, que mecen el alma como las elegías de sus poetas.

Hasta entonces no pude ver la cara de Harriet. ¡Ay Stephen! era ella.... ¡no me habia engañado mi desesperacion! La pobre insensata se sonreia creyendo bailar en su boda, y su sonrisa me desgarraba el corazon. Aquel hombre la llevó sin resistencia, y se interpoló con ella entre los que bailaban: de estos, varios desaparecieron al instante, y los demás, cansados, ó por curiosidad, se fueron colocando en semicírculo al rededor de los dos, de forma que á muy corto rato quedaron bailando solos Harriet y su pareja. Me parece que la estoy viendo, Stephen, pasar repetidas veces risueña y alegre por junto á mí, que estaba echado de espaldas, sin movimiento y sin poder hablar... Todavía creo ver su gracioso y esbelto cuerpo abandonado con confianza al robusto brazo de aquel hombre.... ¡Oh Stephen! ¡aquel hombre lo aborrezco!... ¡lo detesto con toda mi alma!

Por todas partes se oia un murmullo de admiracion, porque ambos eran hermosos, hasta que Harriet, no pudiendo ya respirar, dejó caer su cabeza sobre el hombro

de **Su Honor**, y éste se paró al instante, y la colocó sobre un ancho sofá que ocupaba la testera de la mesa. La orquesta seguía tocando, aunque suavemente, el motivo del vals alemán, hasta que **Su Honor** también se dejó caer sobre el sofá, lo cual era sin duda una señal convenida, pues se oyó un ruido en lo alto de las bóvedas, se apagaron á un tiempo las mil luces que allí había, quedando todo en profunda oscuridad, y calló la orquesta. Las cuerdas de mil ligaduras se me clavaron todas en la carne, tan violento y desesperado fue el esfuerzo que hice para socorrer á mi hermana en aquel trance extremo, pero inútilmente. Volví á caer mudo y anonadado; sin embargo, **Dios** tuvo compasión de mí porque perdí el sentido.

—¡Pobre amigo mio! le dijo **Stephen** apretando dolorosamente la mano de **Perceval** entre las suyas.

Este se habia quedado en una completa insensibilidad al concluir la relacion que antecede, mas la voz de **Stephen** lo hizo estremecer, y preguntó bruscamente:

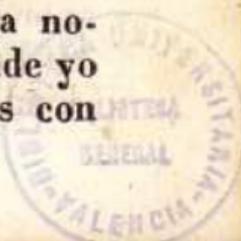
—¿En dónde quedé? porque es preci-

so concluir esta cruel historia, Mac-Nab...
 ¿Os he dicho que acabado el maldito vals,
 se sentó aquel hombre junto á mi hermana
 y que se apagaron las luces por un soplo
 infernal?... Sí, por fuerza os lo he dicho,
 porque no me compadeceriais tanto sino
 supieseis toda mi desgracia.... Pero se
 trata de una hija de Perceval, Stephen...
 ¡juradme por la salvacion de vuestra alma
 que me guardareis el secreto!

— ¡Oh Frank! exclamó Stephen, ¿ne-
 cesitais acaso mi juramento?

— No, contestó Frank desatinado: ¿os
 he pedido un juramento?... No.... no lo
 he menester.... ¡compadeceos de mí!...
 Creo que amaba á mi hermana mas que
 á Mary.... ¡Mary que es ahora mi único
 amor!... ¡Oh! sí, lo creo.

Ignoro cuánto tiempo estuve sin senti-
 do, añadió en seguida; cuando volví en
 mí, duraba todavía la oscuridad y el pro-
 fundo silencio, hasta que al cabo de una
 hora oí ruido por la parte del subterráneo
 en que habia andado perdido aquella no-
 che, y abriéndose la puerta por donde yo
 entré, comparecieron varios hombres con



hachas encendidas. Con ellas se iluminó vivamente la capilla, y vi frailes y mugeres durmiendo confundidos unos con otros, mas no fue esto lo que principalmente miré; mis ojos se dirigieron al sofá donde se habia sentado Su Honor con mi hermana: esta dormia echada sobre los cogines; aquel en pie y con los brazos cruzados parecia absorto en una profunda meditacion. La luz de las hachas le hizo volver en sí, y su primer movimiento fue mirar á mi hermana, á quien contempló un instante con lástima y amor, se bajó, la besó en la frente, y quitándose su toga de seda, la tapó con ella como con un velo. ¿No es verdad, Stephen, que habia cierta delicadeza en el fondo del corazon de aquel hombre? Hecho esto, se adelantó hasta en medio de los que estaban durmiendo, y gritó con voz de trueno:

— ¡Arriba, caballeros, en pie!

Los hombres se levantaron al momento, y las mugeres todas desaparecieron como por encanto.

La nave de la antigua capilla habia cambiado completamente de aspecto: alum-

brada ahora, no por la brillante luz de las bugías, sino por la humeante llama azufrosa de las hachas, habia recobrado su verdadero carácter, y aparecia grande, sombría y misteriosa: de la orgía anterior no quedaban mas vestigios que los platos, vasos y botellas que cubrian la mesa; los músicos habian desaparecido como las mugeres, y solo restaban los frailes formando círculo en derredor de Su Honor. Este les hizo la siguiente arenga:

—Milores y caballeros: ha llegado el momento de que nos separemos.... Estoy satisfecho de lo que habeis trabajado.... Tengo aun muchas cosas que hacer en el continente, donde permaneceré un año.... Pasado este tiempo volveré á veros con algunos buenos y fieles amigos.... Hasta entonces no olvidéis mis instrucciones, tenedlas muy presentes y observadlas fielmente.

Todos los frailes se inclinaron profundamente, y él, dirigiéndose á uno de los que habian entrado con luz, le preguntó:

—¿Está todo dispuesto?

—Los coches esperan del lado allá del castillo, contestó éste.

—Pues entonces, señores, buena fortuna, y hasta la vista.

Moviéronse todos en seguida en dirección de la puerta, mas al mismo tiempo uno de los frailes dijo á Su Honor señalándome con el dedo:

—¿Qué hemos de hacer con aquel hombre?

Su Honor me miró, y dijo entre dientes:

—¡Ah! el hermano de esta pobre muchacha.....

—Será preciso.... añadió el fraile, acabando de espresar su pensamiento con un gesto muy significativo.

—¡Quitad allá, doctor! le contestó Su Honor; ¿á qué conduce ese inútil asesinato?

—No es inútil, milord, replicó el doctor levantando la voz, y si consultamos á nuestros hermanos....

Esta era una verdadera apelacion á los frailes, que se volvieron al momento á reunir.

—Doctor, repuso Su Honor, no me gusta que disputeis conmigo.... Retiraos, señores.

— ¡Pero ese hombre nos puede perder! exclamó el doctor.

— Tiene razon, tiene razon, murmuraron los concurrentes.

Su Honor reprimió un violento impulso de cólera, y dijo:

— Bien sabeis, milores y caballeros, que no es posible dar con este retiro.... A estas horas ha desaparecido ya el sitio por donde entró ese hombre.... además, ¿cómo es posible que se acordára de las mil vueltas y recodos de las galerías?...

— Pues bien ha sabido venir por ellas, dijo una voz.

— Os suplico que no me interrumpais, señores. Yo os pido la vida de ese hombre.

Oyóse un murmullo entre los concurrentes, y Su Honor añadió:

— Amo á esta jóven, que es hermana suya.... Que no sea pues para ella esta noche mas que un recuerdo de amor....

El murmullo se aumentó.

— Que no tenga unido á mi imágen un pensamiento lúgubre....

— Con mil diablos, milord, exclamó una voz muy fuerte, ¿es posible que que-

rais esponer nuestra seguridad por semejantes niñerías?

Jamás habeis visto, Stephen, trasformacion mas repentina ni terrible, que la que tuvo la altiva fisonomía de Su Honor; sus ojos lanzaron fuego, y los músculos de su cara se contrajeron con violencia: se le puso la frente de color de púrpura, y entre la capa de sangre que la enrojecia apareció la línea blanca de una cicatriz tan clara y marcada, que parecia hecha con un pincel....

—¿Desde la ceja izquierda al nacimiento del pelo? le interrumpió Stephen.

—Efectivamente, dijo Frank. ¿Os acordais de mi sueño, no es así?

—Me acuerdo de lo que he visto, Perceval, contestó pausadamente Stephen: me acuerdo del asesino de mi padre.... ¡Oh! ¡él es! ¡él es!

XXX.

Pacto entre dos odios.

ESCUCHADME ahora á mí, Frank, escuchadme, siguió diciendo Stephen, porque de lo que voy á deciros debe necesariamente resultar un convencimiento para nosotros.... despues continuareis vuestra historia.... ¡Oh, Dios mio! creedme, es uno mismo el que con el intermedio de doce años ha llenado de luto nuestras familias.... No cabe ninguna duda, porque además de la señal con que el dedo de Dios

lo ha marcado en la frente para designarlo á nuestra venganza, se ve el mismo extraño orgullo en medio de la vergüenza, la misma altivéz en el crimen, y el mismo osado valor en medio de la vileza.

Yo era todavía muy niño, y estaba acostado en una cama colocada en un rincón del cuarto de la casa de Randal, en donde se acostó vuestra hermana en la misma cama en que dormía mi padre la noche que os he dicho. La puerta por donde caisteis al subterráneo se abrió de pronto, y entraron dos hombres enmascarados: uno de ellos puso sobre la mesa una luz que traía en la mano, se vino hácia mí, y me ató á la boca un pañuelo, colocándose en seguida de modo que me impidiera ver nada, pero no lo supo hacer bien, y por entre sus brazos observé y vi cuanto pasó. El otro traía en la mano dos estoques, se fue derecho á la cama de mi padre, y lo llamó por su nombre: éste despertó sobresaltado, y al ver junto á su cabecera un hombre desconocido, se incorporó y dió un grito.

—Silencio, Mac-Nab, silencio, dijo el enmascarado, ¡soy yo!

—¡O-Breane! murmuró mi padre bajando la cabeza: ¡ya lo esperaba así!... ¡he jugado mi vida, y la he perdido!

—¡Todavía no, Mac-Nab!... Levántate.... Bien sabes que no soy asesino.... ¡Levántate, te digo! Aquí traigo dos estoques.

Mi padre se levantó muy despacio, y aunque mi terror y miedo llegó con esto á su colmo, continué sin embargo mirando. Así que se puso en pie mi padre, le dió uno de los estoques el que se llamaba O-Breane, y lo tomó y se puso en guardia: el combate fue breve y callado, y á los pocos instantes cayó mi padre diciendo á media voz: dentro de una hora estaré vengado!

O-Breane habia inclinado el cuerpo para herir, y al enderezarse se le cayó la máscara, y vi su fisonomía, Frank, vi su frente enrojecida por la lucha, y una cicatriz blanca que la atravesaba, igual en todo á la que habeis descrito.

El niño os ha visto, milord, dijo el que estaba junto á mí.

Al mismo tiempo me amagó con un cu-

chillo, pero O-Breane, que se habia vuelto á poner su máscara, se lo quitó de la mano, é inclinándose sobre mí murmuró con voz muy dulce y compasiva:

— ¡Pobre criatura! bien sabe Dios que no hubiera querido matar á tu padre. Pero se interpuso en mi camino, y me estorbaba.... y tengo precision de marchar.

En seguida abrió la ventana y saltó por ella al campo, seguido de su compañero.

A los gritos que di se puso toda la casa en movimiento, y á muy poco llegaron de Dumfries unos soldados que habia enviado á buscar mi padre; yo les indiqué la puerta de los pies de la cama, la abrieron y se encontraron con la pared de que os hablé antes, Perceval, pared maciza, muy fuerte, sin ninguna abertura, y construida evidentemente hace siglos.

— Es cosa muy estraña, murmuró Frank, y de que todavía tendré que volver á hablar al fin de mi historia, y no es por cierto uno de los menores misterios de aquel funesto lugar.... Pero en vano nos empeñaríamos en descifrarlo, Stephen, y por otra parte en todo esto hay otra sin-

gularidad mas, y es, que vuestra historia no solo se asemeja á la mia, sino que tambien se parece á la de lady Ophelia.

—Como.... empezó á decir Stephen, pero Frank lo interrumpió:

—No es mio el secreto de la condesa de Derby, y por lo tanto solo puedo servirme de él de cierto modo, y con relacion á determinadas personas.... Pero tengo al menos derecho para valerme de él con respecto á mí mismo, y la revelacion que me hizo la condesa, que concuerda con lo que me acabais de decir, y está tambien conforme con mis recuerdos, aclara mis dudas hasta el punto de convertirlas en certeza. Creo, Stephen, que sé cómo se llama el hombre enmascarado que dió muerte á vuestro padre, y el infame que deshonró á mi hermana.... ¡Qué coincidencia tan extraordinaria! Como si entre nosotros debiese ser todo semejante, él os salvó la vida en casa de Randal, y á mí me la salvó en la capilla de la orgía: y acaso á mí me la ha salvado tambien otra vez mas.... Pero el beneficio no es tan grande que pueda compensar la ofensa.

—¿Y no me direis su nombre? preguntó Stephen.

—Sí, os lo diré, contestó Perceval; pero oid antes lo que fue de mi hermana.

La repentina cólera del jefe de los fingidos frailes produjo en ellos un efecto mágico, pues todos retrocedieron aterrados, dejando un grande espacio vacío entre ellos y él. Yo lo miraba sorprendido y espantado al mismo tiempo, y no podía dejar de comparar su gran poder dirigido al mal, con el del arcángel que se rebeló contra Dios. Los murmullos cesaron, y no se oía una mosca en la capilla, cuando él conteniendo cuanto pudo su voz, dijo:

—Ese jóven vivirá. Lo quiero así.

Nadie se atrevió á contradecirle, y su hermoso semblante se serenó sin perder nada de su altiva espresion de dominio, viéndose sobre su frente ya pálida, la firme y osada línea que formaban sus cejas, y habiendo desaparecido completamente la cicatriz. En seguida añadió:

—Milores y caballeros, no os detengo mas.... Podeis retiraros.

Todos lo saludaron respetuosamente y

sin hablar, y al cabo de un minuto no quedaron mas en la capilla que él y un fraile á quien habia hecho una seña, y al que le dijo:

— Doctor, echad unas gotas de opio en la boca de esa pobre niña que está tapada con mi toga.... Es una jóven linda y graciosa.... muy digna de ser amada, y quisiera.... Pero es inútil hablar de lo que ya no tiene remedio.

El fraile sacó un pomito de una caja pequeña que llevaba consigo, y echó unas gotas del líquido que contenia en la boca de mi hermana, preguntándole en seguida:

— ¿Y este caballero?

— Es preciso que duerma tambien, contestó Su Honor.

— ¿Y si no quiere beber?

— Haced la prueba.

El doctor, cuyas barbas postizas eran una verdadera máscara que le cubria casi toda la cara, se dirigió á mí y me quitó la mordaza. Su Honor entretanto se paseaba muy despacio á lo largo de la mesa. Yo respiré con fuerza, y el doctor me dijo:

— ¿Quereis beber?

Tomé al momento el pomito y bebí, y

mirando en seguida á Su Honor, exclamé:

— Quien quiera que seais, os considero un cobarde y un infame.... Acepto la vida que me dais, pero es para poderme vengar.... ¡Oh! no estais tan disfrazado que no pueda conoceros algun dia.

— ¿Lo ois, milord? dijo el doctor.

— Ya lo oigo, caballero, mas los que se han querido vengar de mí han muerto.

Y acercándose adonde yo estaba me miró con atencion, y me dijo:

— Tambien yo os conoceré, y si puedo os salvaré.

Sí, aquel hombre es el que yo creo, me ha cumplido su palabra, Stephen, porque el lunes último tuvo mi vida en sus manos.

Stephen lo entendió sin duda, pero deseando cerciorarse repitió:

— El lunes último....

Frank, enseñándole su herida, añadió:

— El fue quien me hizo esto.

— ¡Rio-Santo! exclamó Mac-Nab: ¡ya me lo figuraba yo!... Mas no lo he visto nunca, y no puedo saber.... ¡Oh! me precisa buscarlo y verlo, porque no sabeis, Frank, ni es posible que os figureis, hasta

dónde ha llevado la casualidad la semejanza de nuestras desgracias.... no sabeis cuán iguales son los motivos de nuestro odio..... solo conocéis la paridad de nuestros agravios pasados.... ¡Pues ahora tambien nos une lo presente! ese hombre que se interpone entre vos y miss Trevor, es el que me roba á mí el corazon de Clary....

— Podia ser muy bien, dijo Frank.

— Es el mismo á quien ama Clary de una manera increíble, y cuyo origen es un misterio, como todo lo que tiene relacion con ese hombre.... y él será acaso tambien el que la ha robado....

Aquí refirió Stephen todos los pormenores de la iglesia del Temple, y en la descripcion que hizo del bello soñador no pudo Frank dejar de reconocer al marqués de Rio-Santo, y le dijo despues de un breve silencio:

— Sí, Stephen, teneis derechos iguales á los míos, y Dios quiere que nos vengamos ambos juntos.... Esa semejanza que encontrasteis desde luego entre el hombre del Temple y el asesino de vuestro padre, es una prueba mas que agregar á tantas

otras, pues ambos lo hemos reconocido sin habernos puesto de acuerdo.

Stephen se levantó sin decir nada, y se dirigió á la puerta, y Frank le preguntó:

— ¿Adónde vais?

— A batirme con el marqués de Rio-Santo, contestó el jóven médico, á quien la cólera habia hecho perder su sangre fria; tal vez seré mas afortunado que vos, Perceval..... pero sino.... tendreis que vengar un hermano á la par que á vuestra hermana.... ¡A Dios!...

— ¡Deteneos! exclamó Frank con seriedad: ¿quereis aprovecharos de mi herida?.. ¡Ah, Stephen! ¡esta es la primera vez que os hallo egoista é injusto!

Stephen volvió atrás, se fue hasta la cama, y apretando la mano de su amigo entre las suyas, le dijo:

— ¡Perdonadme, Frank! como no tengo noticia ninguna de Clary....

Perceval, con un movimiento tan rápido, que no pudo Stephen estorbarlo, levantó la ropa de la cama y se puso en pie en el suelo, diciéndole:

— ¿Veis, amigo? ya tengo fuerzas y no

os haré esperar mucho tiempo.... ¡Oh! ¡mi pobre Harriet! añadió estendiendo sus manos unidas hácia su retrato: tú estás en el cielo donde se perdona, pero en la tierra se venga.... ¡Oh! tú tenias honor, Harriet, y eras escocesa.... y hasta en la presencia misma de Dios desearás el castigo de este hombre. ¿No es verdad que era hermosa, Stephen? ¿Habeis visto nunca candor mas puro, unido á esa corona de dulce melancolía que ciñe su frente como presagio de muerte prematura? Bien sabéis que en nuestras montañas se dice que estas frentes celestiales las envidian los ángeles, y son anuncio de muerte. ¡Cuánto la he llorado, Dios mio!

En pocas palabras concluiré mi historia, Mac-Nab, siguió diciendo con voz alterada por el dolor: aquel hombre que apellidaban Su Honor, y el que este llamaba doctor, se marcharon y me quedé solo con Harriet. Como me habian quitado parte de mis ataduras, pude ir medio arrastrando hasta el sofá donde estaba ella, y levantando el velo de seda que la tapaba, vi que se sonreia dulcemente durmiendo, y le oí

pronunciar el grato nombre de Enrique Dutton. ¡Pobre hermana mia! Me senté á su lado, pero me ganaba el sueño, y cuando la iba á besar en su hermosa frente, perdí el conocimiento. Ignoro el tiempo que estuve bajo la influencia del narcótico, pero bien sabeis que por los malos caminos de Escocia se necesita mas de un dia para andar la distancia que media entre Crewe y el castillo de Dudley, situado entre Peebles y Middleton, mas cuando desperté, Stephen, me encontré á la vista de éste donde estaba mi madre, al tiempo que salia el sol por detrás de las alegres colinas de Lander, solo en mi silla de posta con mi hermana que aun dormia. La silla estaba sin caballos que habian desaparecido con el postillon, y por lo tanto me llegué á la reja del parque, llamé, y acudiendo las gentes del castillo, trasladamos á él á Harriet: ésta, cuando despertó, me dirigió su primera mirada, y me dijo: Frank, me acuerdo.... yo sé.... es preciso morir.

Desde aquel dia Stephen, no volvió á hablar mas palabras, y á pesar de los cuidados de mi madre y los míos, pues nunca

la abandonábamos, la fue visiblemente consumiendo la idea de su deshonra. Alguna vez, mientras duró el buen tiempo, se iba á sentar debajo de uno de los árboles del parque, y permanecía inmóvil horas enteras, llorando mi madre á su lado y sufriendo mucho de verla padecer. A la llegada del otoño no podia ya salir al parque, porque habia perdido completamente las fuerzas, hasta que una tarde, estando sentada en una silla, nos hizo seña á mi madre y á mí para que nos acercáramos: ambos nos sentamos á su lado, ella nos tomó las manos y se echó á reir por primera vez al cabo de seis meses, y levantó al cielo en seguida sus hermosos ojos azules. Mi madre se hincó de rodillas y se puso á orar.... ¡Ah Stephen! ¡Harriet habia dejado de existir!

Yo no esperé á que esto sucediera para dar parte á la justicia, sino que al dia siguiente de nuestra llegada al castillo de Dudley, escribí á vuestro tio Mac-Farlane, como magistrado del condado de Dumfries, una carta bastante circunstanciada, en que le referia toda nuestra aventura,

menos en la parte que tenia relacion con el honor de mi hermana. Vuestro tio me contestó de un modo que no puedo menos de llamar evasivo, por no decir otra cosa, escusándose de proceder á ninguna informacion sobre un hecho tan singular, novelasco é imposible, pero insistí en ello con empeño, y al fin se empezó á hacer en la casa de Randal Graham, entre las paredes del cuarto en que se acostó mi hermana, suspendiéndose al momento, porque se reputó como errónea mi declaracion. En efecto, Stephen, la escalera que yo designé para bajar al subterráneo no existia, y en su lugar se elevaba, detrás de la puerta, una pared de antigüedad incontestable: y en cuanto á los subterráneos, declararon veinte testigos no haber oido nunca hablar de ellos.

—Yo hubiera dicho tambien lo mismo, le interrumpió Stephen.

—Os creo, Mac-Nab, y acaso seré injusto con vuestro tio.... sin embargo, aquella maldita capilla se encuentra precisamente debajo de su castillo de Crewe... Pero dejemos esto, que no es tiempo aho-

ra de descifrar enigmas. ¿Pensais todavía en batiros con el marqués de Rio-Santo?

— No por cierto, contestó Stephen.

Frank tuvo un movimiento de alegría, y le preguntó con viveza:

— ¿Y creéis que yo estaré pronto en estado de hacerlo otra vez?

— ¿Vos, Perceval? le dijo con frialdad Stephen, vos tampoco cruzareis mas el acero con ese hombre.... La espada, amigo, es una arma que solo se debe esgrimir contra un brazo leal.... con el marqués de Rio-Santo debe usarse de otros medios....

¿No se os ocurre, no adivináis ahora, que aquella diabólica escena, representada á vuestra cabecera para engañar á lord Trevor, fue una invencion de su señoría?

— ¿Creéis acaso.... por qué?

— Creo mucho mas aun, siguió diciendo Stephen; una duda que habia procurado desechar, es ya para mí certeza....

¿Reconoceríais, viéndolo, al fraile que llamaban el *doctor* en los subterráneos de Crewe?

— No lo sé.... ¿pero á qué me lo preguntais?

— Mi imaginacion va muy allá, murmuró Stephen en vez de responder; sin embargo de que se me hace duro creer, á pesar de todo, que el doctor Moore... uno de nuestros primeros facultativos.... se vaya á beber y danzar con foragidos de bajo de las ruinas de santa María.... Pero la tentativa de asesinato no deja por eso de ser menos cierta.... ¿Y por qué os habia de querer asesinar el doctor Moore? añadió el médico dirigiéndose de repente á Perceval.

— Ya me hablasteis de eso, Stephen, pero el marqués de Rio-Santo, que me acababa de dejar la vida....

— Todo buen actor, replicó Stephen, tiene golpes muy delicados en su profesion... El marqués es un gran actor, no hay duda... y siempre será un enemigo temible, porque para él todas las armas son buenas.

— Nosotros no tenemos contra él mas que odio y sospechas, dijo Frank.

— Mucho odio, y sospechas terribles, Perceval, repuso Stephen. Dadme la mano.... el pulso está bien.... desde esta noche podreis empezar la batalla....

—Esplicaos, Stephen.

—Voy á llamar á Jack.... son las siete y media.... A las ocho estaremos en la calle del Regente.

Jack vino al instante, y Stephen le dijo:

—Vestid á vuestro amo.

Frank admirado se dejó vestir, sin resentirse de su herida, sino únicamente de debilidad. Así que el viejo criado concluyó, le dijo Stephen:

—Haced que traigan un coche, Jack.

—¿Me quereis decir, Mac-Nab, qué proyecto es el vuestro? preguntó Frank.

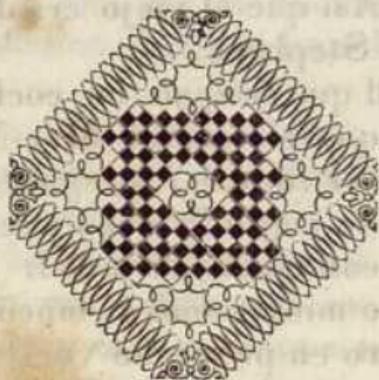
Stephen le cogió la mano y se la apretó diciéndole con mucha seriedad:

—Amigo mio, vamos á empeñar la lucha, primero en provecho vuestro... Despues me tocará mi vez.... Es preciso que tengais una conversacion particular con miss Mary Trevor.

—Mucho lo desearia, Stephen, mucho.... aunque fuera á costa de mi vida, pero....

—Tened la bondad de escucharme.... Esta conversacion será el primer golpe

que demos al enemigo comun.... El medio de conseguirlo.... ninguna seguridad tengo, pero lady Ophelia está muy celosa, y ahora mismo vamos á su casa.



XXXX.

La tertulia.

VARIAS personas habia reunidas y en tertulia aquella misma noche en casa de lord James Trevor. Este jugaba al whist con lord Stewart, sir Arcadius Bombastic, el poeta laureado, y el doctor Muller, que con su germánica flema se habia grangeado su afecto. Lady Campbell estaba rodeada de su corte, en la que únicamente faltaba el marqués de Rio-Santo, y el hermoso caballero Angelo Bembo,

viéndose entre otras personas á lady Stewart, y su hija la graciosa y alegre Diana, á la baronesa lady Margarita Wawerbinbelwoodie, á la rubia Cecilia Kemp, sir Paulus Waterfield, lord Juan Tantivy el cazador, y el vizconde de Lantures Luces.

Cinco dias hacia que miss Mary Trevor no habia salido de su cuarto, pero aquella noche bajó al salon para estar en compañía de su mas íntima amiga miss Diana Stewart; estaba sumamente débil y demudada, parecia que la agobiaba alguna gran pesadumbre, y no era posible ver sin compasion la palidéz de su cara. Ella y su amiga formaban un estraño contraste: miss Stewart era algo morena, con ojos pardos, y una boca sonrosada, que parecia algo grande al mostrar una maligna sonrisa que la hacia muy interesante. Su pelo castaño participaba del reflejo ceniciento peculiar de la belleza británica, ante el cual se eclipsa la decantada hermosura de las cabelleras meridionales: sus cejas negras y arqueadas, se perdian bajo los abundantes bucles de su peinado: sus megillas tenian el gracioso oyuelo de las coquetas

de Caernavon, y aunque algo redonda de cara, descubrian los juanetes su origen céltico. Todo brillaba en ella, salud, alegría, malicia, juventud, vida y bondad.

Mary, junto á ella, movia á lástima, pues aunque su belleza era mas delicada, y de un tipo superior, la oscurecia completamente la brillantéz de su fresca compañera; además de que se advertia tanto padecer en sus pálidas facciones, tanta afliccion en sus tristes miradas, y las buellas de tantas lágrimas en sus hundidos ojos, que no se podia mirar sin entristecerse. Ambas jóvenes tenian una conversacion aparte, y el resto de la tertulia formaba círculo al rededor de la chimenea bajo la presidencia de lady Campbell.

La conversacion sin objeto fijo divagaba, hablándose ligeramente de cosas pasadas y presentes, de un modo que no es posible definir, pero que entretiene ó da sueño, segun las circunstancias. Lady Campbell la variaba á su antojo, y como tenia una idea fija en su cabeza, hacia que versase periódicamente sobre el marqués de Rio-Santo.

—Lo cierto es, dijo lord Juan Tantivy, que no lo he visto en el parque hace con hoy.... aguardad.... cinco días, ¡á fe mía!

—En ninguna parte se le ve, ni en el parque, ni en otro sitio, añadió lady Margarita.

—¡Parece un eclipse total! murmuró el francés Lantures Luces: hablo con formalidad.

—Siempre hablais con formalidad, amigo, replicó el cazador subiéndose su inflexible corbata.... Hace cinco días lo vi montado en la yegua blanca que ganó el premio en las carreras de Epsom.... El día anterior iba en.... Vos estabais allí, sir Paulus.

—Allí estaba, en efecto, milord.... contestó éste. Pero es seguramente indisputable que el marqués no vaya á parte ninguna cuando así se priva de la compañía de milady, (sir Paulus saludó á la hermana de lord Trevor) y es preciso creer que alguna indisposición....

La honorable Cecilia Kemp agitó graciosamente un par de bucles rubios que le

colgaban desde la cabeza á los hombros, y mordiéndose los labios, dijo:

— El marqués de Rio-Santo no está malo, y se cuentan cosas muy raras de su gran casa de la plaza de Belgrave.

— ¿Y qué se dice, querida? preguntó al momento lady Margarita.

— ¡Oh señora! respondió aquella mordiéndose otra vez los labios, las jóvenes antes de casarse no deben estar muy enteradas de esas cosas.

El cazador disimuló su risa, y pensó que su yegua no hubiera respondido mejor.

Lantures Luces, inclinándose con amabilidad, le dijo:

— Miss, teneis un abanico admirable; hablo....

— Con formalidad, acabó de decir el vengativo cazador.

— Lord Juan lo ha acertado, señora... Vos le habeis proporcionado la ocasion... Pero no es el apreciable Rio-Santo el único tráfuga.... Tampoco se ve en ninguna parte á Brian de Lancaster.... Nos faltan á un mismo tiempo nuestros dos astros.

— Siempre estais muy modesto, viz-

conde, dijo lady Campbell sonriéndose.

—No por cierto, señora; vos sí que sois demasiado bondadosa, hablo con....
¡Vamos, lord Juan, acabad!

Tantivy hizo un gesto y murmuró:

—¡Qué diablo! Si Lantures Luces hubiera tenido sangre en las venas, hubiera llevado un castigo egemplar; pero el travieso francesito no es capaz de dar una vuelta al trote por el hipodromo de New-Market.

—¡Con formalidad! dijo aquel con aire de triunfo; lord Juan no me ha querido ayudar.... Señoras, ¿habeis oido hablar del apreciable Brian de Lancaster?

—Nada absolutamente despues de la famosa comedia que nos representó en Covent-Garden; contestó lady Campbell.

—De cuyas resultas, añadió lady Margarita, el conde de White Manor ha estado dos dias en cama.

—Dicen que está enamorado: dijo Cecilia Kemp poniéndose muy colorada.

—*Shoking*, murmuró en voz muy baja lady Margarita.

—El amor es el único bien verdadero

que hay en la tierra, declamó desde lejos el poeta laureado; es un efluvio inmaterial que se escapa de un corazón para ir á hechizar otro, un soplo imperceptible, un *pollen* del alma.

—Figuraos, señoras, dijo Lantures Luces, que aquella misma noche quiso Brian reñir conmigo á puñadas....

—¡Muy buena idea! pensó Tantivy.

—Me hallaba yo en la entrada del teatro, miladys, con una... con una señora...

—Con la señora Briotta, dijo la incorregible Cecilia Kemp; baila muy bien, pero tiene muy malas piernas.

—¡Oh, señorita! exclamó el vizconde escandalizado. Y en seguida prosiguió.

—El hecho es, señoras, que Brian me agarró por el pescuezo, y faltó poco para que me plantara en el arroyo.

—Es cosa muy original, dijo lady Margarita admirada.

—Contadnos eso, señor de Lantures Luces, añadió lady Campbell: es preciso confesar, señoras, que si no fuera por el vizconde.... y también por lord Juan

Tantivy, nos veríamos completamente abandonadas.

Las señoras todas convinieron en ello con una inclinacion de cabeza, y el cazador con aire de forzada resignacion, dijo:

—Vamos, amigo, contadnos cómo fue eso.

El vizconde, despues de hacerse rogar un rato, declaró que la historia no valia la pena de contarla, hablando con formalidad, y concluyó por ensartarla toda entera, sin olvidar su lente perdido. La anécdota fue muy aplaudida, únicamente no pareció tan divertida á Tantivy, porque dijo entre dientes:

—¡Qué diablos! para que eso tuviera algun chiste, debiera haberle deshecho las narices á puñetazos.

—Señoras, exclamó Lantures Luces satisfecho de verse aplaudido, el apreciable Brian, á Dios gracias, es capaz de suministrar por sí solo anécdotas para todos los salones de Lóndres.

—Con el marqués de Rio-Santo y con vos, vizconde; dijo lady Campbell con tono amable, pero que encubria cierta

mordacidad; pues los tres sois siempre objeto de nuestras conversaciones... ¿No es verdad, señoras?

—Seguramente; contestó lady Stewart.

—¡Hablan de París! añadió lady Margarita: pero París nos envia lo mejor que tiene.

—¡Ah! ¡*mesdames!*... ¡Si, miladys!... ¡ciertamente!... ¡ciertamente!... dijo el francesito haciendo cortesías; ¡me confundis!... ¡no merezco tanto.... no, á fe mia!

Así siguió divagando la conversacion de uno en otro objeto, sin fijarse en ninguno, y cuidando mucho lady Campbell, que poseia en alto grado la ciencia del mundo, de que no recayera en Frank Perceval, que era su único deseo. ¿Pero qué piloto, por hábil que sea, no encalla alguna vez en su vida cuando el viento y la marea le son contrarios? Como en una tertulia de poca concurrencia es preciso que se hable de todo, la fatalidad quiso que la honorable Cecilia Kemp, que hacia allí el papel que el pintor francés Gabarni atribuye á sus *muchachos terribles* en los

encantadores cuadros de costumbres, pronunciara el nombre de Frank, y que lady Margarita, al oirlo, preguntara por él. Lady Campbell miró al momento con inquietud á su sobrina Mary, en quien este nombre habia producido el efecto que ella temia, porque habia dejado caer su pálido rostro sobre el hombro de Diana Stewart.

— Frank Perceval sigue todavía malo, contestó Lantures Luces, pues ni sale, ni recibe.

— Perdonad, amigo, replicó Tantivy, gozoso de poder contradecir á su feliz rival; acaso no os recibirá á vos, pero sale ya, y lo acabo de encontrar, hace poco, en la calle del Regente, en la puerta de la casa de la condesa de Derby.

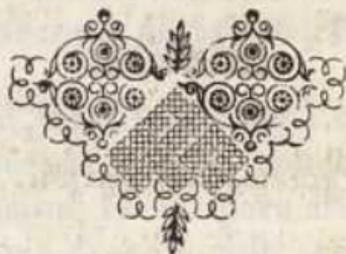
— ¡ Ah! dijo en alta voz lady Campbell; su primera visita la hace á lady Ophelia... No sabia yo que tuvieran tanta intimidad.

— La condesa de Derby anda buscando con qué distraerse; dijo Cecilia Kemp, la *muchacha terrible*.

En el momento en que acabó de pronunciar esta frase, que regularmente no seria mas que la repeticion de lo que ha-

bria oído decir á alguna lady vieja, abrieron la puerta del salon, y un criado anunció:

— La señora condesa de Derby.



SECRETI.

Secretos del corazon.

DURANTE la frívola conversacion que acabamos de referir en el anterior capítulo, miss Mary Trevor y Diana Stewart, separadas del círculo principal, habian entablado solas otra muy diferente.

—Mary, decia Diana entristecida seriamente con la afliccion de su amiga; mi querida Mary, ¿no me abrirás tu corazon?... Bien sabes que nos tenemos ofrecido no reservarnos una á otra ningun secreto....

yo ninguno tengo, y si lo tuviera, lo sabrias.... ¿no me quieres ya, Mary?

— Sí, Diana, ¡ah! te quiero mucho.... como antes.... ¡mas aun ahora desde que me han olvidado los que me amaban!... pero no tengo ningun secreto.

— Pues entonces ¿cómo es que estás tan triste y tan pálida, Mary? ¿Cómo es que nunca se te ve reir?

— ¿Me sabia yo reir antes? murmuró miss Trevor: no digas eso, Diana.... ¡yo reirme!

— Sí, sí, te reias Mary.... eras feliz...

Miss Trevor bajó la cabeza, y como si esta espresion fuera para ella un término de un idioma desconocido, repitió con admiracion:

— ¡Era feliz!

— Lo eras en otro tiempo, Mary.

— No me acuerdo, Diana.

Esto lo dijo en tono muy bajo, y como sus palabras espresaban un sincero y profundo pesar, miss Stewart sintió que se le saltaban las lágrimas, y le dijo:

— Querida Mary, no me hables así..... No es posible que hayas olvidado nuestras

agradables conversaciones en el castillo de mi madre, ni nuestros hermosos paseos por el gran parque de Trevor.... ¡Qué li-songero era para ambas el porvenir!

—Pero eran sueños, Diana.

—¡Sueños que pueden ser realidades, Mary!... ¿No lo tienes todo como en otro tiempo? Mi primo Frank ha vuelto ya de su viage....

—No me hables de Frank; dijo miss Trevor arrugando ligeramente sus delicadas cejas.

—¿Por qué, Mary? ¿No lo amas ya?

—No: contestó Mary volviendo la cabeza, mas cuando miró otra vez á su amiga, contraia su cara cierta sonrisa casi imperceptible, y añadió:

—¿Pues qué no lo sabes? amo al marqués de Rio-Santo.

—¡Tú tambien! exclamó miss Stewart: ¡ah, pobre Mary! cuidado con lo que haces.... Yo he tenido miedo de amarlo.... Creo que lo he amado.... y creo tambien....

Diana se detuvo, se puso mas encendida que la cinta de raso encarnada que su-

jetaba su rica cabellera, se sonrió graciosamente, y añadió:

— Pero yo amo á mi modo, y no le doy entrada á la melancolía.... ¡Es el rey de los hombres, no hay duda!... ¿Con qué tú le amas, Mary?... ¡Muy bien! no puedo explicarte cuánto me alegro ver que te chanceas.

— No me chanceo, Diana; sino que miento.

Diana dejó de sonreirse, miró con atención á su amiga, cuya voz, afligida en extremo, la llenó de amargura desde luego, y sin poderla comprender, repitió:

— ¡Tú mientes!

— ¡Yo padezco mucho! murmuró miss Trevor.

Diana ciñó con su brazo el delicado talle de su amiga, y le replicó suspirando:

— Demasiado se conoce, ¡pobre Mary! pero no te entiendo.... tus palabras no tienen sentido para mí.

— ¡Me alegro, Diana! tú sí que eres feliz.

— Lo sería, Mary, sino te viera padecer.... y desearia tanto poderte aliviar

¡Dios mio!... Pero no entiendo lo que pasa en tu corazon.... Por piedad de ti y de mí, respóndeme sin rodeos.... ¿No amas ya á Frank Perceval?

—Me caso con el marqués de Rio-Santo, Diana.

—Ya me lo habian dicho, y no quise creerlo.... ¡Pobre Frank!

Mary aspiró con fuerza el penetrante olor de su pomito de esencias, y dijo:

—¡Espero morirme muy pronto!

Miss Stewart soltó su talle, y repuso:

—¡Morirte!... ¡Cómo!... ¡Oh! todavía lo amas, Mary.... ¡ni cómo era posible que lo olvidaras! Un corazon tan noble como el tuyo no se cambia con facilidad, ni ama mas que una vez.... ¿Pero qué extraña tiranía es esa que así violenta tu voluntad! Lord Trevor es el padre mejor del mundo, lady Campbell....

—¡Escucha! la interrumpió Mary temblando de miedo.

—¿Qué hay? le preguntó Diana.

—¿No oyes?

Diana escuchó con atencion, y no oyó mas que la voz flauteada del vizconde de

Lantures Luces, que referia una escentricidad de Lancaster. Mary, sin embargo, estaba sumamente agitada, y le dijo:

— ¡Oh! oigo un ruido que me da miedo.... Un coche que viene por Park-Lane: ¡si fuera el suyo, Diana!

— ¿El coche de quién? preguntó ésta.

— ¡El suyo! ¡el suyo! lo oigo desde lejos.... aunque esté ausente, hay algo de él que vibra en mis nervios y los ataca.... mi tia dice que lo amo.... ¡y tal vez será así, Diana!

— ¡No ames tú nunca, no! tú que estás tan buena, y eres tan linda, que estás siempre tan alegre, que tocas el arpa y cantas con tanta dulzura, que bailas tan bien, que eres tan libre y feliz.... ¡No ames nunca, Diana, porque se padece mucho!... Se llora mucho, se pone una triste y pálida, enfada el canto, fastidia el baile, y la noche.... ¡Oh! ¡Dios mio! la noche es cruel, hace soñar felicidad.... ¡cuando la felicidad es imposible, y la angustia y el dolor están acechándola á una cuando despierta!

Mary diciendo esto levantaba al cielo

sus ojos sin llorar, y su voz era sorda y lenta, como la desesperacion.

— ¡Pobre Mary! dijo dando un suspiro miss Stewart, que adivinaba vagamente lo grande de aquel martirio.

— Seis dias hace que no ha venido, repuso Mary Trevor, y sé yo acaso, ¡Dios mio! ¿si deseo que vuelva?... Cuando está lejos de mí padezco mucho, porque siempre lo tengo presente.... ¡Ah! confio que me moriré muy pronto!

— Pero en otro tiempo, exclamó miss Stewart conmovida, cuando amabas á Frank, no padecias así, Mary.

La pálida frente de miss Trevor brilló pasageramente, y murmuró:

— ¡En otro tiempo! ¡en otro tiempo!... ¡qué contenta me ponía yo cuando él debía venir! ¡con qué ansia miraba la lenta marcha del minuterero en la esfera del reloj! ¡qué afan tenia por verlo, considerándome feliz con su presencia, y dándome celos cada una de sus miradas!... Pero eso no es amor, Diana.... mi tia me lo ha explicado detenidamente.... muy despacio y muchas veces.... tantas, que una espesa

niebla ha ofuscado mi razon.... ¡El amor, ya lo ves, es un tormento, y lo que yo sentia por Frank Perceval era una satisfaccion interior llena de felicidad y esperanzas!... ¡Oh! á quien amo es al marqués de Rio-Santo.

Esta última frase, que parecia una burla amarga y desesperada, la pronunció Mary con tono de triste conviccion.

—Pero eso es un desatino, querida Mary, ó tú has comprendido mal á lady Campbell, ó ese hombre te ha fascinado y turbado tu razon.... Tú amas á Frank, y lo amas hoy mas que nunca.

—¡Qué niña eres, Diana mia! dijo miss Trevor meneando la cabeza. No entiendes ni una palabra de estas cosas.... pero yo tampoco seguramente.... y me muero sin entenderlas.

Siguióse á esto un instante de silencio entre las dos amigas, porque Lantures-Luces habia concluido de contar su historia, y se habia suspendido la conversacion en la otra parte de la sala. Diana miraba á su amiga con compasiva curiosidad, y esta parecia absorta en alguna meditacion, ó

mejor dicho, sumida en su acostumbrada tristeza, cuando de pronto apareció en su rostro una profunda melancolía, y dijo.

— ¡Qué hermosa es, Diana, la muger que me ha robado el corazón de Frank Perceval!

— ¡Qué dices, Mary! replicó con viveza miss Stewart, como si le hubieran dado una puñalada: Frank amar á otra muger!... ¡Oh! no me quisiera engañar, quisiera creer que todo lo que tienes son celos.... Yo te tranquilizaría, porque estás muy engañada, Mary.... ¡Y quién sabe si habrán querido calumniar para contigo al pobre Frank!

— La he visto, repuso Mary, y es muy hermosa

— ¿Y qué es lo que has visto? exclamó Diana recobrando su viveza é impetuosidad natural; Frank es mi primo, y nunca consentiré.... ¡Pobre Mary! ¡ah! perdóname.... Creo que ahora comprendo tu mal.... ¿Pero dime, quién hay en esta casa que sea enemigo de Frank Perceval?

— ¡Yo! contestó Mary, en cuyos ojos brilló una fugitiva ráfaga de cólera.

— ¡Tú, Mary!... ¡Cómo quieres que te cree, sabiendo lo noble y buena que eres!... ¡Oh! ¡Dios mio! todo esto es muy extraordinario.... Un instante creí comprenderlo, pero ahora veo que estas cosas tan raras son superiores á mi inteligencia.... ¡Parece que te han hechizado, Mary!

— ¡Podrá ser, Diana!... ¿pero qué importa?... ¿No sé ya que me he de morir muy pronto?

En este momento entró en el salon la condesa de Derby que habia sido anunciada.

Antes de la venida de Rio-Santo á Lón-dres eran muy amigas lady Campbell y Ophelia, pero despues, la conocida intimidad de esta con el marqués habia enfriado naturalmente sus relaciones, mas no habian cesado del todo, porque entre ciertas gentes nunca se rompe enteramente, para no hacerse objeto de hablillas. Por esto vimos concurrir á la condesa al baile del palacio de Trevor, pero era extraño que se visitasen en ocasiones que no fuesen, digámoslo así, de cumplimiento, y

menos en los dias destinados para las personas mas íntimas, porque la etiqueta habia elevado entre las dos una muralla, y ya no se querian. Lady Ophelia, no obstante, habia conservado siempre cierto afecto á Mary Trevor, ó mas bien una tierna compasion, porque aunque era su rival, su alma verdaderamente noble, no podia aborrecer al débil é inofensivo adversario que le habia deparado la casualidad; además de que con su buen juicio, y conocimiento del mundo, habia llegado á penetrar el fondo del corazon de Mary, y á descubrir que no era la pobre niña su rival, sino su tia lady Campbell, que caprichosamente apasionada, amaba en lugar de su sobrina.

No sabemos que se haya escrito ninguna comedia con un argumento de esta clase, que aunque difícil de tratar, la pluma de Sheridan, y mejor la de Fielding, hubieran sabido ponerlo al alcance de todos. ¿Qué cosa puede darse en efecto mas cómica, que esas buenas gentes llegadas ya á la edad del juicio y la reflexion, que llevan su afecto hasta el punto de tener el cora-

zon ageno como propio? ¡Ah! las lady Campbell son menos raras de lo que se cree: son mugeres virtuosas, de talento, amables, preciso es confesarlo, pero cada una de ellas con tan buenas cualidades hace mas daño que tres ó cuatro furias malignas, porque están ociosas, y tienen que emplear su talento y los dotes de su alma, pues tal es la ley de la naturaleza: si tuvieran un poco mas de egoismo, buscarian la felicidad para sí mismas, y si tuvieran menos talento, no serian tan peligrosas. Si esto lo miramos bajo otro aspecto, raya en lo grotesco y risible, pero á nosotros se nos hiela la risa en los labios, porque entre lo burlesco vemos lo trágico: en cambio de los cuidados solícitos, generosos y maternales de toda lady Campbell, hay siempre una Mary Trevor, que enferma, que sufre, que llora.... La condesa de Derby con su gran mundo habia conocido hacia tiempo á tia y sobrina, y destinado para la primera su odio, y para la segunda su compasion; y solo porque no podia medir con exactitud la gran esclavitud moral de miss Trevor, no sabia á

punto fijo toda la estension de su martirio.

Su entrada no dejó de causar sensacion entre los concurrentes, porque ninguno ignoraba el estado de sus relaciones con la señora de la casa: el vizconde de Lantures Luces se puso á jugar con el cordon de su lente; lord Tantivy murmuró ¡qué diablo! y miss Cecilia Kemp iba á abrir su sonrosada boca para pronunciar alguna enormidad, como *shoking* en alta voz, cuando lady Margarita tuvo la feliz ocurrencia de imponerle silencio con un gesto. En cuanto á lady Campbell, que no era ciertamente la menos sorprendida, se levantó muy risueña, y se adelantó á recibir á su amiga con la mayor atencion y gozo; lo que dió motivo á que lord Juan Tantivy dijese entre sí:

—Dos yeguas en igual caso se darian de coces, y estas se acarician.

La palabra *estas* en boca de lord Juan no envolvia ninguna idea ofensiva á la mas bella mitad de la especie caballar.

Los jugadores de whist se pusieron tambien en pie, de forma que el recibimiento fue segun las reglas de la etiqueta.

Mas todo lo que lady Campbell tenia, al parecer, de satisfecha y alegre, mostraba tener de turbada é incómoda la condesa de Derby, cosa en ella muy estraña, porque era conocida en Lóndres por su mucha ciencia de mundo, tanto que sus rivales procuraban imitar sus maneras, creyendo hacerlo mal sino lo hacian como ella. Estaba además muy pálida, y se veian en sus ojos señales de cansancio, ó mas bien de lágrimas, con un modo de mirar sumamente distraido. Antes de sentarse, dijo:

—No veo aquí á miss Trevor; ¿está acaso mala?

Mary estaba delante de ella, y al distinguirla lady Ophelia, añadió:

—¡Ah!... no os habia visto.... ¡estais muy desmejorada, mi querida Mary!

Y la besó en la frente, y por un movimiento involuntario se metió la mano en el pecho, mas la retiró al momento sin sacar nada, y avergonzada como si hubiera ido á hacer una accion reprehensible, y en seguida se separó de ella bruscamente y se fue á sentar entre las demás.

—Señora, le dijo Lantures Lucas, no

me acuerdo de haberos visto nunca broche mas lindo.

Es preciso advertir que nada llevaba lady Ophelia que pudiera admirar al francesito, que añadió en seguida:

—¿No teneis ningunas noticias que darnos del amable Frank Perceval?

Lady Ophelia mudó de color, y la incorregible Cecilia Kemp, exclamó:

—¡Qué colorada os poneis, milady!... ¡y qué pálida ahora!

—¡Callad, querida, callad! murmuró lady Margarita.

—Frank Perceval.... empezó á decir lady Ophelia; no sé.... en verdad, caballero....

—Vaya, ¡se habrá equivocado lord Juan! la interrumpió el francesito, que en medio de todo tenia buen corazon.

La condesa, advertida con esto, procuró serenarse, y añadió:

—He visto, en efecto, al honorable Frank Perceval, caballero. Sigue padeciendo de su herida; y además.... sufre mucho.

Mary le apretó la mano á miss Stewart,

y en seguida se separaron: lady Ophelia siguió á una y otra con la vista con inquietud. La visita, que no se prolongó mucho, fue bastante embarazosa, á pesar de los admirables esfuerzos que hizo lady Campbell para mantener la conversacion, pues era evidente que la condesa padecia, y cualquiera hubiera dicho que era por vergüenza ó remordimiento. Al fin se levantó, y todos hicieron al momento lo mismo, porque su presencia, contra lo acostumbrado, á ninguno dejaba satisfecho, y dando la mano á lady Campbell, y saludando á lord Trevor, en vez de dirigirse á la puerta, se fue precipitadamente hácia Mary, que hizo una exclamacion casi imperceptible, que debió ser sin duda de sorpresa. Miss Cecilia Kemp, sin embargo, y á pesar de las repetidas señas de lady Margarita para que callara, pretendió que la condesa habia sacado del pecho un papel, y entregádoselo á Mary al abrazarla: Lady Campbell dirigió hácia ellas una sospechosa mirada, pero nada absolutamente pudo ver; la linda mano de Diana se interpuso entre las dos con suma lige-

reza retirándose en seguida, sin que afortunadamente lo notara miss Cecilia.

La condesa se marchó en seguida, y los concurrentes volvieron á sentarse para comentar á su placer tan inesperada visita. Mary entretanto, trémula y sin poder casi respirar, tomaba de mano de miss Stewart una carta, en cuyo sobre conoció á primera vista la letra de Frank Perceval. Miss Cecilia Kemp no dejaba, pues, de tener alguna razon.



XXIV.

La cita.

FRANK Perceval entró solo en casa de la condesa de Derby, porque Stephen se quedó en el coche esperándolo. Muchas y reiteradas súplicas fueron precisas para determinarla á dar el equívoco paso con que termina el anterior capítulo, porque su estremada delicadeza, que suele hacer veces de moral en las gentes de alto tono, lo repugnaba abiertamente. Entre-

gar una carta á escondidas á una jóven escede los límites permitidos, y debe chocar mucho en nuestras hipócritas costumbres, que por lo comun se cubren con un austero manto de gazmoñería, y remedan si cesar el falso puritanismo de una exagerada castidad. Si esto se contara entre mil ladys, no habria una siquiera que dejara de levantar los ojos al cielo, arqueando las cejas, y entonando el cacofónico ¡oh, oh, oh! pronunciado en tres disonantes notas, que se tiene en Lóndres por la mas fuerte imprecacion femenina, pues el famoso *shoking* no bastaria á espresar su virtuosa indignacion. Nosotros somos demasiado galantes para no formar con ellas coro, pues con las ladys es preciso chillar, aunque no sea tan indispensable aullar con los lobos.

Dejando chanzas aparte, el hecho considerado en tesis general es grave, y estamos muy distantes de aprobarlo, pero el caso en que se vió lady Ophelia no era de los comunes y ordinarios, y por lo tanto le pedimos para ella al lector, no el rubor de las circunstancias atenuantes, sino una

absolucion completa. ¿No sabia ella, en efecto, el horrible porvenir que amenazaba á miss Trevor, y el derecho que tenia Frank á constituirse su protector? Sus escrúpulos, pues, no nacian de la repugnancia natural en toda alma altiva á cometer una accion equívoca, porque si la hubiese creido vergonzosa, ó vituperable bajo el único punto de vista del honor, por nada del mundo se hubiera decidido á ella. Su duda, su vacilacion provenia de otra causa, de que temia perjudicar al marqués de Rio-Santo: habia revelado un secreto suyo y estaba arrepentida, pues por mas confianza que tuviera en la rectitud de Frank, temia una lucha en que suministrara armas contra el hombre á quien amaba. ¿Debia, pues, dar un paso mas, y con él la señal del ataque, y empezar ella misma las hostilidades?

Presentada así la cuestion, era fácil de resolver, y por eso resistió la condesa á las primeras proposiciones de Frank, mas este llevaba bien estudiada la leccion. Si hubiera obrado por sí solo habria perdido su causa, por mucha que fuera su elocuen-

cia, porque el amor que defendia la contraria en el corazon de Ophelia, no podia ser vencido por ella; pero lo habia instruido Stephen, y Frank se convirtió en abogado, y tuvo que ceder el amor. El secreto confiado á Frank por lady Ophelia pertenecia á ella sola, pero el honor de este estaba empeñado en proteger á Mary Trevor: su deber era callarlo mientras fuera posible, pero las circunstancias apremiaban: y lord Trevor, en quien hubiera quedado sepultado como en una tumba, se negaba á oír ninguna esplicacion. Dos únicos caminos quedaban: el primero, buscar á Rio-Santo, amenazarlo, y obligarlo á abandonar sus pretensiones, mostrándole el arma que la indiscrecion habia forjado contra él; el segundo, mucho mas sencillo, consistia en ver y hablar á Clary; pero esta no salia de casa, ni Frank se podia presentar en ella. Tal fue en resúmen el razonamiento de Perceval.

¿Podia ser dudosa la eleccion de lady Ophelia entre estos dos extremos? Por el último medio lo ignoraba todo Rio-Santo, y el secreto quedaba entre Frank y Mary

Trevor, y por consiguiente se resignó: Frank escribió una carta, y la condesa mandó poner el coche, y marchó al palacio de Trevor. Su excesiva turbacion al querer entregársela á Mary, procedia de las dos causas que acabamos de referir; pero á la vista de lady Campbell su enemiga, la vergüenza superaba al miedo que le inspiraba su amor, y temblaba ruborizada, no por Rio-Santo sino por sí misma. Si sus temores no se realizaron, no fue por falta de diligencia en la honorable Cecilia Kemp.

Al salir del palacio de Trevor sudaba á mares la condesa, y oprimido su pecho con un enorme peso se ocultó en un rincon del coche, figurándose que al dia siguiente le conoceria en la cara todo Lóndres el crimen de leso-decoro, que acababa de cometer, porque Lóndres, tan indulgente con el vicio aceptado y convenido, es implacable con las faltas que no están definidas. En esta ciudad puede obrar cada uno como quiera, con tal que sea de cierto modo, y conformándose minuciosamente con la etiqueta. Cuando entró el coche en

su casa todavía estaba conmovida y murmuró estremeciéndose:

— ¡Yo no lo hubiera hecho! ¡Oh! ¡no, no me hubiera atrevido! ¡Dios mio!... ¡Pero la pobre muchacha estaba tan pálida, y parecía sufrir tanto!...

Pocas líneas contenía la carta de Frank, y estas reducidas á dar una cita á miss Trevor en términos respetuosos, pero firmes y apremiantes para casa de su amiga Diana Stewart, prima suya. Mary la leyó, se quedó como pasmada, y al cabo de un instante, preguntó:

—¿Crees tú, Diana, que pueda un hombre amar á dos mugeres?

—¿Pues no sabes, Mary, replicó Diana aturdida, que el marqués de Rio-Santo no ama nunca menos de cuatro á un tiempo?

Saltáronsele las lágrimas á miss Trevor, y dándole la carta á Diana, dijo:

—Frank es sin duda lo mismo, me ama, y ama tambien á esa muger.... Yo no lo amo ya. Mira, Diana, cuando vaya mañana á tu casa para verme, dile que estoy muy contenta.... que da gusto oirme cantar.... verme reir.... dile que te cuesta

trabajo estar tan alegre como yo.....

No pudo decir mas por su emocion, y Diana, no pudiéndola comprender, leyó la carta, y exclamó:

— ¡Qué! Mary, ¿tendrás valor para rehusar lo que te pide el pobre Frank, herido y padeciendo?

— ¿Padece él tanto como yo? replicó Mary casi exánime: dile.... acuérdate de lo que te he dicho.... díceselo todo..... cuando yo haya muerto sabrá lo que he sufrido, pero hasta entonces que me crea dichosa....

— ¡Oh Mary! ¡pobre Mary! alguna maligna influencia pesa sobre ti, alguna mano cruel te ha puesto la venda que te ciega.... ¡Por piedad de ti misma, no deseches la súplica de Frank.... ven mañana, aunque no sea mas que para decirle el último á Dios!

— Si la hubieras visto, Diana, replicó Mary cobrando fuerzas con un repentino acceso de celos; ¡si supieras qué hermosa es!... ¡Oh, no, no iré!

Miss Trevor, como toda criatura débil, era muy obstinada cuando no dominaba su

voluntad algun influjo superior, y Diana no trató de convencerla. Al dia siguiente por la mañana, acudió Frank Perceval á la hora señalada para la cita, y no encontró mas que á Diana, que tuvo que anunciar á su primo la triste noticia de la negativa de Mary, pero no tuvo tiempo de manifestar su sentimiento, porque casi en el mismo instante entró miss Trevor sin haberse hecho anunciar. Iba vestida de blanco, aunque era por la mañana y en el rigor del invierno, y con uno de esos graciosos sombreros de paja de Italia, que llevan nuestras ladys en todas las estaciones, del que se escapaban algunos rizos de pelo medio deshechos por la humedad. Atravesó el salon con su acostumbrado paso suave y ligero, dió la mano primero á Diana y luego á Frank, y se sentó en seguida entre los dos, como lo solia hacer antes del viage de este último.

— Toda la noche he estado soñando con vosotros dos, dijo, y he soñado despierta, porque hace mucho tiempo que no duermo... Temiendo que mi querida Diana me tuviera por de mal corazon, he ve-

nido á ver á Frank.... á mi querido Frank, añadió sonriéndose, para asegurarle que deseo su felicidad.

Esto lo dijo con voz dulce y firme y sin ninguna emocion: en seguida añadió:

—Hacedme el favor, Frank, de tomar mi sombrero, que es demasiado pesado para mi pobre cabeza.... me hace mal en la frente.... Gracias, Frank, continuó diciendo con cierta apariencia de disgusto, así que Frank tomó el sombrero y lo puso sobre un velador; se conoce que no habeis olvidado en vuestro viage el arte de complacer á las damas.

Libre su rubio pelo de toda sujecion, cayó en ligeros rizos sobre sus hombros, guarneciendo con sus dorados reflejos los pálidos contornos de su rostro, hermoso todavía, pero con la belleza que no parece pertenecer á la tierra. Parecia una de las tristes vírgenes de Ossian, saliendo de la tumba, y dando su impalpable forma al viento del Norte que las arrastra, haciendo fluctuar á lo lejos sus rubias trenzas, y diáfanos velos. Miró alternativamente á Diana y Frank, y les dijo:

— Parece que estás triste, querida Diana; y vos, Frank, estais muy desmejorado.... Yo por mí no sé si muero, ó si me vuelvo loca.

Tanto estas estrañas palabras, como todas las demás, las dijo con el tono suelto y ligero que se suele usar para cambiar una conversacion insignificante, pero cayeron como plomo derretido sobre el corazon de Frank, y estremecieron á Diana. En seguida, y sin advertir la dolorosa impresion que habia producido, meneó la cabeza con cierta coquetería infantil, y añadió:

— ¿Diana, se te ha olvidado ya tu papel?... Antes, cuando nos reuníamos así los tres, siempre te daba gana de tocar el piano.... ¿No te acuerdas ya? Entonces nos quedábamos solos Frank y yo....

Miss Stewart permanecia inmóvil y aturdida, y Mary golpeando con el pie el suelo con impaciencia, exclamó:

— ¡Pues bien, Diana! mientras estés ahí no me dirá Frank que me ama....

Diana se levantó por un impulso maquinal, y se dirigió al piano, y Mary le dió

la mano á Perceval, que la contemplaba dolorosamente, viendo que desaparecian los fugitivos colores que habia hecho salir á sus mejillas su impaciencia, y que inclinó la cabeza sobre el pecho sin decir nada. Diana pasó sus dedos por las teclas y produjo una porcion de notas casuales, cuyo inesperado sonido le causó el efecto de una conmocion eléctrica, y dando una repentina sacudida, retiró su mano de la de Perceval, lo miró atentamente como si lo viera por primera vez, se apartó de él, y le dijo suspirando profundamente:

— ¡Oh! ¿qué haceis aquí, milord?

— ¡Mary! ¡mi amada Mary! exclamó Frank, que preferia este súbito rigor al anterior abatimiento; ¡no rebaseis oirme en nombre del cielo!... ¡no seais tan cruel como vuestro padre!... ¡no me rechaceis antes de oir mi justificacion!... ¡Yo os amo siempre, Mary, y jamás he querido á nadie mas que á vos!

Esta hizo un visible esfuerzo para conservar su aparente frialdad, y le dijo:

— Me admira, milord, lo que me decís: ¿para qué quereis justificaros? yo no os

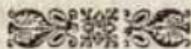
acuso.... Eso es dar demasiada importancia á lo pasado, que está ya muy distante de nosotros, y á que deseamos renunciar los dos.

— ¡Los dos, Mary!... ¡Oh, no!... ¡yo por mi parte al menos, no!... Lo pasado será para mí siempre el mas grato recuerdo.... ¿Es cierto, Dios mio, que no me amais ya?

— Es cierto, milord.

— ¿Y lo podeis decir sin dolor y sin remordimiento, Mary?

— Puedo y debo hacerlo, porque soy la esposa prometida del marqués de Rio-Santo.



La confidencia.

EL semblante de Frank Perceval desfigurado por la calentura, y pálido por lo mucho que le habia hecho sufrir su herida, se alteró de tal modo al oír pronunciar á Mary el nombre del marqués de Rio-Santo, que no dejó duda alguna del dolor que affligia su alma, y estuvo un instante sin fuerzas para contestar. El corazon de Mary se lanzó en este momento hácia él, porque la pobre niña se acusaba

á sí misma del pesar de Frank, conocia que era amada, y libre del falaz influjo egercido sobre ella por lady Campbell, sentia que amaba tambien. Pero como uno de los mas marcados rasgos del carácter de Perceval, era una altivez sombría que llevaba su delicadeza hasta el exceso, así que pasó el primer movimiento de dolor, lo dominó el orgullo y varió el curso de sus ideas. Arrebatado primero por el amor, olvidó casi el motivo que lo habia llevado allí, que era acusar, y hasta ahora solo lo hemos visto tratar de defenderse: si hubiera continuado un momento mas haciéndolo, si le hubiera explicado á Mary cómo habia entrado Susana en su casa, la pobre niña enternecida ya, y pesarosa del dolor que le acababa de causar, se hubiera rendido pronto y con placer. Mas Perceval, no solo no quiso seguir entonces la esplicacion anunciada, sino que con mucha seriedad y voz firme le dijo:

—Yo ignoraba, señora, que fueseis esposa prometida del marqués de Rio-Santo, pero aunque lo hubiera sabido, no habria dejado por eso de dar este paso....

No hablo ya por mí, señora.... Suceda lo que quiera, no saldrán de mi boca ni quejas, ni súplicas.... únicamente trataré de olvidar, como vos lo habeis hecho, los gratos recuerdos de un amor, que era toda mi dicha.... Entre nosotros dos no hay ya juramentos, porque os devuelvo, señora, los que me habiais hecho.

Mary lo escuchaba conservando la misma actitud que al principio de la conversacion, pero vencida interiormente, y pudiendo apenas contener sus lágrimas. Miss Stewart sentada al piano tocaba, casi sin saber lo que hacia, un gracioso canto gaélico; Perceval con voz mas dulce, continuó así:

—Mas aunque ya nada tengo que esperar, amo todavía, señora, y ninguna falta he cometido que me haya hecho perder el derecho que tengo de velar por vuestra felicidad, y evitar en cuanto esté de mi parte la horrible desgracia que os amenaza....

—No os comprendo, milord, dijo Mary.

—Voy á esplicarme, señora.... ¡Oh! no creais que van á proferir mis labios

quejas ni reconvenciones.... el movimiento de despecho que me causó vuestra frialdad está ya lejos de mi corazón... ¡Habeis padecido terriblemente, Mary, y aun padecéis!... Vos, á quien yo dejé tan llena de salud y de vida.... ¡Ay, pobre Mary!... yo os perdono....

—Es verdad que he padecido mucho, milord, y debo pareceros muy demudada, dijo esta; desde que no os amo paso los días triste, y las noches llorando.... ¿Y por qué?... No lo sé.... Yo amo al marqués de Rio-Santo, que también me ama.... ¿Puedo acaso ser desgraciada?

—¡Pobre Mary! volvió á decir Frank, contemplándola con suma compasión; ¡decís que amais!... No, no es así.... Si amaseis, no me lo diriais, no querriais desgarrarme el corazón.

—¡Oh! no, milord, replicó Mary saltándosele las lágrimas, ella es mas hermosa que yo.... el llanto no la ha puesto pálida.... ¡Oh! no, no tengo escrúpulo en deciros que ya no os amo.

—¿Pues qué, señora, vos también la habeis visto? preguntó Perceval.

— Sí, milord, la he visto.... ¡Y por qué, Dios mio, creí morir al verla!... ¡Ah Frank! mi cabeza es tan débil como mi corazon.... Acaso he creído que os amaba todavía... Sí, la vi, milord, cuando subia la escalera de vuestra casa.... Mi padre la siguió.... y yo di palabra de casarme con el marqués de Rio-Santo.

Al decir esto se puso la mano sobre la frente, y cerró los ojos.

— ¿Luego la disteis con violencia, y por sorpresa? exclamó Frank.

— ¿Quién os ha dicho tal cosa, milord? repuso Mary levantando la cabeza. ¿No debe cualquiera muger envanecerse con el amor del marqués de Rio-Santo?

Frank volvió la cabeza sin contestar, y Mary prosiguió:

— He sido una loca en haberme afligido, cuando debiera haberme alegrado.... ¿No me debia regocijar de verme olvidada, cuando yo misma no amaba ya?

— Señora, dijo Perceval abandonando la dulzura que le inspirara su amor; no me es posible comprender lo que pasa en el fondo de vuestro corazon.... mas por

lo que hace á mí, nunca os he dejado de amar, y podia justificarme con una sola palabra....

—Pues justificaos; dijo en voz muy baja miss Trevor.

Frank le agarró la mano, se la besó, y le dijo:

—¡Ah Mary! son muy crueles los que así han emponzoñado vuestro noble y leal corazón.... ¡Oh! siempre os he amado, y siempre os amaré.

—¿Pero, y aquella muger, milord?...

—No la conozco, ni sé quién es, Mary. Esa muger representó á mi cabecera un papel pérfido é infame.... Esa muger estaba allí apostada....

—¿Pero por quién, Frank? le interrumpió Mary. ¡Dios mio! decídmelo, que lo creeré.... ¿por quién?

—Por el mismo sin duda que trató de envenenar mi herida....

—¡Oh, Frank! exclamó la pobre niña horrorizada.

—Por el único hombre que existe en el mundo interesado en mi desgracia ó mi muerte.

— ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo Mary sollozando; ¡han querido asesinaros Frank, mi noble Frank!... ¡Y yo os desechaba!...

Aquí hizo una pausa, y quedándose sus ojos fijos y tristes, añadió:

— ¡Yo que soy ya su prometida esposa!... No mas, milord: no lo creo.

— ¡Desdichada! murmuró Perceval conmovido cada vez mas; ¿quién la ha podido reducir á este extremo? y en seguida prosiguió:

— Escuchad, señora: mi venida aquí no ha sido, ni para reconveniros por vuestra conducta, ni para justificar la mia... He venido á deteneros en el borde de un abismo.... y lo que hago por vos, lo haria por cualquiera otra, pues en ello solo cumplo con mi deber de caballero.... Oidme.

Mary lo miró temerosa al escuchar tan formales palabras, y él continuó así:

— Hay en Lóndres una noble señora que compadecida de vos y de mí, me ha comunicado un secreto á fin de que yo pueda salvaros. ¿Quereis jurarme que no lo revelareis á nadie, Mary?

—¿Tiene acaso relacion conmigo, milord?

—La tiene con el hombre que os quieren dar por esposo.

—Yo no puedo oír nada, milord, que sea contra el marqués de Rio-Santo.

—Sin embargo, Mary, me oíreis, repuso Frank, me oíreis, sí, os lo suplico.

Y pasando su brazo al rededor del talle de miss Trevor, que se ruborizó, añadió con amabilidad y dulzura:

—Me oíreis, Mary, porque todavía me amais, á pesar de todos, y á pesar vuestro.

—¡Es verdad! exclamó en alta voz la pobre niña; ¡antes no os amaba tanto!... pero soy su prometida....

Y abrazando en seguida á Perceval con el hechicero abandono de una niña, lo miró sonriéndose dulcemente, y añadió:

—No debeis alegraros ni entristeceros, mi muy amado Frank; mirad... yo no tengo ya fuerzas, y Dios, que es bueno, me envia la muerte por su misericordia.

—¡No, Mary, no morireis! exclamó Frank oprimido su corazon por una tristeza cruel; la felicidad os volverá la salud

y la vida.... Yo procuraré impedir ese odioso casamiento.... Juradme, Mary, guardar el secreto de lady Ophelia.

—Es buena, y padece tambien, dijo Mary: sí, lo juro.

Frank la estrechó contra su corazón, y continuó en voz baja:

—¿Sabeis que la condesa debió casarse con el marqués de Rio-Santo?

—Sé que lo ama, contestó Mary.

—¿Os acordais de un estrangero que vino á Lóndres al mismo tiempo que el marqués, y á quien yo por consiguiente no pude conocer, que se llamaba el caballero Weber?

—Sí me acuerdo, Frank.... A los dos ó tres meses partió para la India.

—No, Mary.... fue mucho mas lejos, y no volverá nunca de su viage.... ese caballero fue asesinado.

Frank sintió estremecerse entre sus brazos á la débil Mary.

—Era jóven y rico, continuó diciendo, y un cumplido caballero, que se enamoró de la condesa Ophelia en uno de los bailes de Almack de la última temporada, cuan-

do ella tenia relaciones con el marqués, y tuvo por lo mismo que desechar desde luego su pretension. No por eso desistió Weber, antes por el contrario le escribió una carta muy apasionada, instándole para que no uniera su suerte con la del marqués de Rio-Santo, en la que le hablaba con frases embozadas de grandes peligros, y le ofrecia revelarle de palabra hechos tan graves relativos al marqués, que no podria llevar adelante su matrimonio. «Sino recibo contestacion, milady, le decia en ella al terminarla, mañana á las once de la mañana pasaré á vuestro palacio.»

La condesa despreció la carta, y en el primer momento pensó no responder; reflexionando, sin embargo, por la tarde sobre esta última frase: resolvió hacerlo para evitar la visita que el caballero Weber le anunciaba, y necesitando saber las señas de adonde debia enviar la contestacion, buscó la carta que dejó despues de leida encima de un velador, pero habia desaparecido, sin que nadie absolutamente mas que el marqués de Rio-Santo hubiese entrado aquel dia en su gabinete.

Frank, al llegar aquí, sintió latir fuertemente el corazón de Mary contra su pecho, y la soltó separándose un poco de ella para considerarla mejor, y aunque la vió todavía mas pálida que de ordinario, ninguna otra cosa tenia que llamara la atención. Diana tocaba un brillante wals, cuya armonía alzaba una barrera entre sus oídos y la confianza de Perceval. Este continuó así:

— La condesa pasó una noche agitada é inquieta, y á la mañana siguiente, á las diez, entró Rio-Santo en su casa. Lady Ophelia no me ha contado lo que pasó entre ambos en esta entrevista, y lo que sé es, que el marqués llevaba dos espadas debajo del carrik, y que vencida ella por sus imperiosas súplicas lo dejó solo en el salon, con orden á los criados de hacer entrar al caballero Weber así que se presentara. Tampoco puede saber nadie lo que medió entre este último y el marqués porque nadie lo presenció, y lo único que me ha dicho la condesa es que los oyó hablar en voz baja desde la pieza inmediata, donde se habia recostado medio muerta en un sofá,

con tono imperioso al marqués, y con acento suplicante y como disculpándose al caballero.

A esto siguió un instante de silencio, en seguida oyó el choque de dos espadas, y con muy corto intervalo caer pesadamente sobre la alfombra uno de los dos combatientes. La condesa, alarmada por el marqués, abrió la puerta, y encontró á éste en pie é inmóvil delante del caballero que yacía sin vida á sus pies.

— ¡Lo habeis muerto, milord! exclamó entonces.

— Señora, contestó Rio-Santo, queria interponerse entre nosotros dos....

— ¿Me ois, Mary?

Esta repentina pregunta la hizo Frank porque notó que miss Trevor tenia un aspecto muy extraño: estaba tiesa, ya no latia su pecho agitado antes, sus grandes ojos fijos parecian no ver, y en este estado, y vestida de blanco, inmóvil y sin tener en manos ni cara ninguno de los colores que denotan la circulacion de la sangre, parecia una estátua de alabastro. Nada contestó á la pregunta de Frank, y asus-

tado éste le agarró la mano, que encontró helada, y al soltársela, vió que en vez de caer, como era natural, volvía á tomar lenta, gradual é insensiblemente su primera posicion. Entonces exclamó:

— ¡Mary! ¡Mary! ¿qué teneis?... ¡contestadme por Dios!

Siguió el mismo silencio y la misma inmovilidad, y Frank dijo á su prima:

— ¡Diana! ¡Diana! venid al momento... os lo ruego encarecidamente.... ¡Mary está muerta!

Miss Stewart fue de un brinco desde el piano adonde estaba su amiga, y se quedó sin poder hablar al verla así, hasta que exclamó por último:

— ¡Muerta! es imposible.... Mirad, no está arrimada al respaldo de la silla.... ¡Mary!...

En nombre de Dios, Frank, ¿qué le habeis hecho?

— Únicamente le he dicho lo que es Rio-Santo, su prometido: contestó Perceval.... ¡Oh, Diana! no son mis palabras las que la han puesto así.... la herida viene de mas antiguo.... ¡Pobre mártir! ¡qué

cruelmente han desgarrado tu corazón!
¿Pero á quién se debe acusar de este lento
suplicio? ¿cuál es el desapiadado ver-
dugo?...

—Aguardad, Frank, le interrumpió
Diana; oigo pasos.... No conviene que
entre aquí nadie.

Dicho esto se dirigió precipitadamente
á la puerta, mas llegó tarde, porque se
encontró en ella cara á cara con lady
Campbell, que pálida de cólera dijo:

—¡Mary y Frank aquí!... ¿Qué es esto
miss Stewart? añadió dando á su voz el
acento de un amargo desden; ¡la casa de
vuestra madre se ha hecho para semejan-
tes citas!

—Señora, contestó Diana avergonzada
y señalándole con la mano á miss Trevor
que continuaba inmóvil y como petrifica-
do, el momento es sin duda el mas á pro-
pósito....

—Siempre es oportuno el momento
para indignarse contra una accion vil é
inescusable, señorita; repuso secamente
lady Campbell que no adivinaba el estado
de su sobrina.

— ¡Ah, señora, señora, exclamó Diana no pudiendo contener ya por mas tiempo su despecho; Frank Perceval preguntaba ahora poco, quién era el verdugo, el desapiadado verdugo, capaz de atormentar así hasta la muerte á esta criatura tan amable.

— ¡Ella es! dijo entre dientes Perceval mirando á lady Campbell con odio.

Esta, tomando un aire de altiva dignidad, pasó con la cabeza erguida por delante de Frank y Diana, y acercándose á Mary, le dijo:

— Ven, hija mia, salgamos de esta casa, adonde no debieras haber venido.

Como Mary no contestaba, quiso agarrarle la mano, mas al tocar sus dedos helados como el mármol, dió un grito, y cayó sobre un sillón sin sentido. Frank se arrimó á ella, y le dijo con indignacion y llenos sus ojos de lágrimas:

— Os la dejé robusta, hermosa y feliz... ¡Feliz, lo entendeis!... ¡y ahora se muere!... ¡Ah! los hombres no os juzgarán, señora.... pero Dios.... Dios os perdone.

L. V.

La catalépsia.

LADY Campbell era una muger cuyo retrato seria preciso retocar en cada página de esta narracion: su carácter tenia mas de bueno que de malo, y el mal que hacia era involuntario. En nuestros salones abundan las damas de esta clase, que son apreciadas con justicia, y aun admiradas á veces, pero es necesario no confiarles el cuidado de las jóvenes, porque, como ya hemos dicho, su demasiada buena

voluntad las arrastra á usurpar el papel de sus pupilas; elijen por ellas, aman por ellas, y Dios sabe si se casarian tambien de buena gana por ellas. Tan cierto es, que la pasion en las mugeres puede llegar á tener proporciones gigantescas.

Lady Campbell no merecia en rigor las severas espresiones con que se despidió de ella Perceval, y éste por su parte tenia derecho para dirigirselas, lo cual, aunque á primera vista parezca una contradiccion, no es sino muy exacto. La buena señora habia sacrificado á su sobrina por puro cariño, y sin mas deseo que hacerla la dama mas dichosa del West-End, y por consiguiente su corazon estaba limpio, su conciencia tranquila, y en su interior creia merecer una corona. Porque ¿qué otra cosa habia hecho mas que un bien? Y con cuánto trabajo ¡Dios santo! y qué de afanes para llevar á cabo el matrimonio. Por esto no le hicieron la impresion que debian las palabras de Perceval, porque no las comprendió: además de que en aquel momento tenia tal inquietud y tan positivo dolor, que no es de estrañar su

falta de inteligencia. Amaba á Mary mas que á nada del mundo, y su fanatismo por el marqués de Rio-Santo no era, bien examinado, mas que el reflejo de su amor á Mary, pues en su imaginacion los veia hacia mucho tiempo casados. Así que se fue Frank, le agarró la mano á miss Stewart, y le dijo con mucha amabilidad:

—Hija mia, sé lo buena que sois, y espero me perdoneis mi viveza de hacer un momento.... Yo os quiero mucho, Diana, porque amais á mi pobre Mary, y no ha sido mi ánimo ofenderos.... Pero os suplico que no me oculteis nada: ¿qué ha habido aquí entre los dos?

—No lo sé, señora, contestó Diana, y aunque lo supiera, os rogaría que dejarais para otra ocasion esa pregunta, porque ahora creo que lo mas urgente es socorrer á Mary.

—Es verdad, hija mia.... Teneis razon, señorita, murmuró lady Campbell, voy á hacer trasladar á casa á mi pobre sobrina.

—Temo que no pueda ser, señora.... y en todo caso me parece preciso que lo dis-

pusiera un médico.... ¿Quereis que envíe á llamar al de mi madre?

— No, hija mia.... Pero ya que sois tan buena, haced que llamen al doctor Moore, en la calle de Wimpole, núm. 10. Es el que nos ha recomendado el marqués de Rio-Santo.

Al punto salió un lacayo en busca de Moore, que vivia en la casa contigua á la que habitaba Susana bajo el nombre de princesa de Longueville, y entretanto lady Campbell y Diana prodigaron cuantos auxilios pudieron, aunque sin fruto, á Mary que seguia hecha una estatua. Este mal tan raro las sorprendia y asustaba, porque aunque creian que vivia, no estaban seguras de ello, pues ni respiraba, ni tenia pulsos ni calor: la tia se desconsolaba y afligia, acusando á Dios, á la casualidad, á Frank y á todo el mundo, menos á sí misma, y Diana, arrodillada delante de Mary, le tenia cogida una mano, y lloraba en silencio.

Al fin vino el doctor Moore. Este hábil profesor, á quien ningun individuo del colegio real podrá dejar de conocer, á

pesar del nombre supuesto que le damos en esta historia, tenia un golpe de vista tan seguro, que era proverbial entre sus compañeros. Su celebridad como facultativo era grande, y sus obras, aunque pocas, miradas con aprecio entre los sábios de Europa, mas ni estos, ni los jóvenes dedicados á la ciencia de curar, al hojear los doctos escritos de este ilustre médico, que así se le nombra en las cátedras de Lóndres, París y Viena, pueden ni aun figurarse, que tan luminosos trabajos fueran fruto de algunas horas robadas á una vida de infamias y rapiñas. Nosotros nos abstendremos de instruirlos en este punto, porque si Dios permite que un árbol malo produzca sabrosas y esquisitas frutas, no por eso se debe alejar la mano que alargue el pasagero que las quiera coger, pues seria una necia prevencion. En este mundo, donde el bien y el mal andan por todas partes mezclados y siempre confundidos, es preciso no imputarle al bien como crimen su parentesco con el mal.

Pudiéramos sobre esto decir muchas cosas nuevas é incontestables, si es que algo

nuevo puede haber debajo de nuestro sol tan viejo: pero como muchas gentes han tomado por divisa esta admirable palabra, *elegid*, y á nosotros no nos gusta, por eso callamos, temiendo como á la peste, que nos llamen ecléticos.

El doctor Moore conoció á primera vista el estado de miss Trevor, y aunque su impasible fisonomía ni manifestó sorpresa ni inquietud, cualquier buen observador hubiera conocido desde luego en sus acelerados pasos, tan medidos por lo comun, la gravedad del caso. Lady Campbell al verlo exclamó al momento:

— Señor; ¡oh! señor doctor, decidnos desde luego lo que tenemos que temer, y lo que podamos esperar.

Moore le recomendó el silencio con una seña; y Diana, que estaba algo separada, aunque lo devoraba con la vista queriendo adivinar su pensamiento, nada vió en su fisonomía de bronce. Acercó al fin un sillón de modo que se sentára enfrente de Mary, se recostó en el respaldo, y la estuvo considerando atentamente por mas de

un minuto, hasta que dijo al fin sin cesar de mirarla:

—Milady, es preciso que mandeis preparar al momento unos sinapismos, y que traigan una palangana con agua.

En seguida se puso en pie, acercó su cara á la boca de Mary, y conoció lo que ni su tia ni Diana habian podido percibir, esto es, que respiraba, porque sintió en su megilla un aliento frio y casi imperceptible. Se quitó tambien el guante, y poniéndole la mano sobre el pecho, observó que latía el corazon, pero tan débilmente, que era precisa toda su práctica para poder apreciar las pulsaciones.

—¡Esto es! ¡esto es, sin duda! dijo casi entre dientes con cierta satisfaccion.

Lady Campbell y Diana al oír estas palabras se abrazaron gozosas, y el doctor se frotó las manos, y se volvió á sentar. Trajeron la palangana y el agua, y entonces sacó su estuche, tomó una lanceta, y dijo:

—Vamos á ver.

Estendieron el brazo de la pobre Mary, que estaba envarado, y picada la vena,

empezó á salir la sangre gota á gota.

— ¡Está bien! dijo el doctor, y soltó el brazo.

Apenas lo hizo, volvió á tomar su anterior posicion describiendo una curva casi insensible.

— Afeccion rara, misteriosa, terrible, murmuró Moore como si citara un texto; que parece da á la vida todos los caracteres de la muerte, y á la muerte las principales condiciones de la vida.... Es indudable.... Un poco de éter, milady, y opio.

De ambas cosas hizo tragar á Mary una corta dosis, y siguió diciendo:

— Remedio de viejas, señoras. Si sale bien, será preciso romper nuestros títulos.... Pero la niña resiste.... ¡bravo!... ¡ya estaba yo seguro de ello!

— ¡La va á salvar, señora! dijo Diana juntando las manos.

— ¡Oh, hija mia! respondió lady Campbell; Rio-Santo fue el que nos lo recomendó.

En este instante trajo una criada los sinapismos, y el doctor los aplicó, abrasando como estaban, á los delicados pies de

la enferma, y se volvió á sentar, y empezó de nuevo su observacion valiéndose del lente. Al cabo de unos minutos dijo:

— Si gustais, señoras, haced preparar una cama dura, sin colchones, y que esté algo inclinada de la cabecera á los pies.... ¡Oh! hace mucho tiempo que deseaba encontrar un caso como este.

Diana y lady Campbell se miraron pasmadas, y esta última se aventuró á decir:

— Todos los médicos son lo mismo.

— ¡Mirad! exclamó de pronto Moore; acercaos, señoras, y vereis, á fe mia, la cosa mas curiosa del mundo! Estos sinapismos hubieran obrado desde luego sobre la piel de un toro; y acercando á las narices el paño cargado de mostoza, añadió: barina escelente, y agua que abrasa, como lo dicen mis dedos... Pues mirad ahora bien...

— Los pies están blancos como el alabastro, señor doctor, dijo lady Campbell; ¿es eso buena señal?

— ¡Y tanto como lo es, milady!... Al pronto creí que fuese un histérico comun y ordinario, pero es una catalépsia completa.... ¡Una catalépsia! repuso con en-

tusiasmo dogmático: «afección rara, misteriosa, terrible, que parece da á la vida todos los caracteres de la muerte, y á la muerte las principales condiciones de la vida....» ¡Ah! ¡esta es la primera vez que la veo en veinticinco años que llevo de ejercer la facultad!

— ¡Este hombre está loco, milady! exclamó asustada miss Stewart.

Moore se estremeció, bajó los ojos, y dirigiéndose á Diana, le dijo con bastante seriedad:

— Señorita, los hombres que se dedican exclusivamente al estudio están espuestos á olvidar las leyes pasajeras y de convenio que rigen en la sociedad.... A veces se elevan tanto sus pensamientos, que escediendo la inteligencia del vulgo, oyen murmurar á su alrededor: este hombre está loco; pero no se alteran por ello, señorita, porque saben despreciar los ultrajes y perdonar la ignorancia.

La pobre Diana, avergonzada, tartamudeó algunas palabras de escusa, al mismo tiempo que lady Campbell le decía:

— ¡ Ah! hija mia , ¿ por qué quereis incomodar al señor doctor!

Las frases graves y pomposas son un arma que lo puede todo con los niños, las mugeres, y la mayor parte de los hombres. Saberse encubrir es la ciencia mas útil de todas, y lo mismo le sirve al pobre clérigo que al pedante profesor de una universidad, al noble que al plebeyo, á los lores que á los ministros: pero á nadie tanto como á estos últimos, porque la cámara de los comunes no sufriria mas que veinticuatro horas al que no lo supiera hacer. Los franceses tienen una palabra que, entre otras acepciones, la usan para espresar de una manera atenta y cortés la perfeccion de este estimable arte, y dicen *doctrinario* por no decir charlatan. Deseamos que esta delicada locucion tenga entrada en nuestro diccionario.

Mary Trevor continuaba inmóvil y como petrificada, sin que le hubiesen producido el menor efecto ni la sangría, ni el éter, ni opio, ni los sinapismos. El aspecto de aquella estátua viviente era singularmente extraño, porque como por lo comun es

inseparable la idea de la muerte, de la idea de la postracion, y no solemos representar nos las personas nuestras sino muertas, ó al menos recostadas, un muerto en pie es un espectro, una cosa sobrenatural que espanta y aterra. Mary no estaba en pie, pero tenia una postura que no hubiera podido sufrir una muger robusta y en completa salud: sentada en un sillón, pero muy tiesa y sin apoyarse en el respaldo, le colgaba un brazo á lo largo del cuerpo, mientras que el otro, levantado algunas pulgadas sobre su asiento, habia quedado estendido como cuando estaba apoyado en el sillón que ocupara Perceval, aunque lo habian retirado. Tenia la cabeza derecha, pero no tanto que se notase tension en los músculos del cuello, y miraba al frente, si mirar puede llamarse tener los ojos abiertos y fijos, y los párpados dilatados, pero sin la facultad, al parecer, de percibir los objetos.

La catalépsia es una enfermedad casi desconocida en el continente, y varios profesores de Francia y Alemania han llegado á dudar de su existencia, pero en

Inglaterra, sin ser muy comun, es por desgracia bastante frecuente para que se conozcan sus estraños y misteriosos efectos. Esta caprichosa y terrible afeccion, para la que no ha logrado descubrir ningun remedio el sábio colegio, tuvo un período de gran moda; los elegantes estaban catalépticos el dia que les parecia, por egemplo, el domingo; una jóven lady que se encontraba sin su adonis, se ponía al momento cataléptica; y por todas partes se oía pronunciar esta palabra. Lord Juan Tantivy, el cazador, morirá persuadido de que su caballo alazan Peppercorn murió de catalépsia.

De paso diremos, que Peppercorn era hijo de *Real-Cocoa*, y de la famosa yegua *Viscountess* del lord Sandwich, que fue el inventor de las revanadas con manteca, ó tartines, conocidos con el nombre de *Sandwiches* en las cinco partes del mundo.

Apenas habrá médico en Lóndres que no haya tenido ocasion de ver alguna supuesta catalépsia, pero las verdaderas son muy raras, y muy buscadas por los aficionados. Una cosa es la enfermedad funesta,

cuyos síntomas espantan, y cuya marcha lenta, segura y obstinada, conduce á una muerte casi segura, y otra los síncope voluntarios ó involuntarios de algun ocioso que se quiere adornar con un mal de moda: la verdadera catalépsia nadie la quiere.

El lector puede ya comprender hasta cierto punto la alegría del doctor Moore al ver aquel precioso caso, que era para él como una mina que explotar, como un manjar nuevo que saborear: la primera amputacion que hizo no le causó ciertamente mas satisfaccion. Recuerden nuestros lectores su primera cita de amor, y nuestras lectoras el primer chal de cachemira que se pusieron, y tendrán una idea bastante débil del inmenso placer que produce la primera amputacion....

Dos criadas llevaron en brazos á Mary á la cama dispuesta por el doctor, en la que él mismo la acomodó, logrando estender despues de muchos esfuerzos sus envarados miembros.

—Esto es muy sencillo, dijo para sí; esta jóven ha estado mucho tiempo en un

estado fuera del natural.... mugeres co-
nozco yo mas robustas que no hubieran
resistido tanto. Tenia muy irritado el sis-
tema nervioso, con alternativas continuas
de escitacion y de debilidad.... en una
palabra, le hacian sufrir, aunque de dife-
rente modo, un tratamiento análogo al
que he adoptado yo con la linda muchacha
que me vendió Bishop por cien guineas...
Hoy habrá experimentado un choque vio-
lento.... se le habrá coagulado la sangre
en las venas.... habrá quedado el cerebro
atacado de parálisis.... Esto mismo es,
pero no basta: es preciso todavía inquirir,
averiguar, descubrir.

En seguida trató de cerrar los párpados
de Mary, que aunque cedieron fácilmente
á la presion de sus dedos, se volvieron á
abrir lentamente. Entonces dijo en alta
voz:

— Me convendria mucho saber, señora,
de qué especie es el suceso que ha prece-
dido.... que ha sido causa del desvaneci-
miento de miss Trevor.

— ¿ Con qué no es mas que un desmayo,
doctor? preguntó lady Campbell.

— La muerte, señora, no es mas que un desmayo prolongado hasta lo infinito... Permitidme que os repita, que tengo necesidad de saber....

— Lo ignoro, señor doctor, lo ignoro absolutamente.... Y á no ser que miss Stewart os lo pueda decir....

— Todo lo que yo puedo decir es, que ha estado hablando largo rato con Frank Perceval.

— ¡Ah!... ¡Ah!... dijo el doctor prolongando este elástico monosílabo.

— Cuando vino esta mañana parecia como fuera de sí, y poseida de ideas muy extrañas.

— Muy bien, señorita.... ¿y hubo algun motivo particular para que viniera?

Diana se puso colorada, y no contestó, mas Moore repuso con seriedad.

— Miss Trevor está muy mala.... es preciso que me digais la verdad.

— Habia recibido una carta de Frank: contestó Diana en voz muy baja.

— ¡Con qué era un complot! exclamó lady Campbell.

— ¡Ah! volvió á decir el doctor. El

honorable Frank Perceval se ha curado muy pronto.... Alguna parte tengo tambien en esa cura.... ¿Pero no podremos saber lo que ha pasado entre miss Trevor y él?

—No señor, contestó Diana, porque yo no lo sé tampoco.

Moore la miró con suma atencion, y volviéndose hácia la enferma dijo:

—Muchas gracias, señoras.

Diana continuó observándolo con desconfianza, y lady Campbell por una especie de fascinacion tenia clavada su vista en los ojos fijos y cristalinos de su sobrina, sin poderlos apartar de aquellas pupilas dilatadas y aquellos párpados abiertos é inmóviles, que á veces parecian girar lentamente de derecha á izquierda, como los ojos esmaltados de las figuras de movimiento de una péndula. Estaba además con el pecho oprimido, y sentia en su corazon una cosa como pesar ó remordimiento. El doctor al cabo de un rato se levantó y saludó para despedirse. Lady Campbell, al verlo exclamó:

— ¡Oh, señor doctor, no nos abando-

neis así! Decidnos al menos que hay esperanza.

— Señora, miss Trevor no está muerta: respondió Moore con frialdad; y poniéndose los guantes, añadió:

— Voy á enviar aquí á mi ayudante farmacéutico Rowley para que aplique una ventosa á la enferma entre las dos paletillas.... A la noche volveré.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó lady Campbell con mucho abatimiento así que vió ir al médico, ¡qué desgracia tan horrible!... ¡y tan próxima á ser feliz!... Pero mirad, hija mia, mirad qué ojos tan espantados tiene Mary.... ¡Oh! ¡me moriría sin remedio si me quedara aquí con mi pobre sobrina!

— Si quereis, señora, dijo miss Stewart, yo me quedaré sola con ella...

El doctor Moore entretanto llegaba en su coche á galope á la calle de Wimpole, y al entrar en su casa dijo al criado que le abrió la puerta:

— Que baje al momento Rowley á mi gabinete.

El ayudante farmacéutico-cirujano-ase-

sino pareció al punto, y el doctor le preguntó:

—¿Y bien, Rowley, y nuestra linda paloma?

—En la jaula, señor, contestó el bribon sonriéndose con aire de bondad; y que el diablo me lleve sino daba ella una de sus piernas por poder correr libremente con la otra....

¿Sigue á dieta?

—A un pedacito de pan como de media onza cada dos dias.

—¿Y el cuarto está bien oscuro?

—Como un calabozo. Yo me hubiera muerto en él ya veinte veces, señor.

Moore se encogió de hombros, y Rowley añadió:

—¡Ah! no está en eso la dificultad; se halla muy demudada, muy consumida.... ¡pero está muy firme!... ¡Parece cosa de juego!... Esta mañana la dejé dormir bien, en vez de despertarla á los diez minutos, que es la hora de la consigna, segun lo acordado.... Mientras dormia entré á verla.... qué quereis, señor.... un poco de curiosidad.... ¡Ah! ¡bien se puede decir

que se ha hecho la cosa perfectamente! ya no tiene mas que los huesos y el pellejo... ¡Pues y la opresion!... ¡y los estremecimientos!... ¡Ah! ¡el resultado es diabólicamente bueno!

En seguida sacó el reloj y exclamó:

— ¡Tá! ¡tá! ¡tá! ¡Esta vez ha tenido tiempo de dormir trece minutos la picarilla!... ¡Qué sueñecito! voy en castigo á tocarle la bocina.

El ayudante envenenador se fue corriendo, y á poco rato se oyó una voz atronadora en el piso superior, á que contestó un débil grito de muger.



XXXVII.

Las tinieblas.

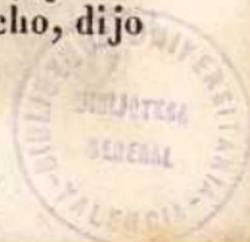
QINCO dias hacia que Clary Mac-Farlane, robada por Bob-Lantern, habia sido vendida por conducto de Bishop el *burker* al doctor Moore, que la tenia desde entonces encerrada en su casa de la calle de Wimpole. Allí fue donde media hora despues de haberla colocado Rowley en el cuarto destinado para ella, despertó del letargo en que la sumergió el agua de Bishop, que en no pequeña dosis le admi-

nistró la atenta y cariñosa mistriss Gruff en la famosa cerveza de Escocia de la posada del *Rey Jorge*. Cuando abrió los ojos no conoció su situacion, porque viéndose en una oscuridad absoluta, compacta é impenetrable, creyó que dormia con un pesado sueño, y solo su memoria la acabó de despertar.

— ¡Padre mio! murmuró; yo he visto á mi padre.

Luego se presentó á su imaginacion la escena del Támesis, aunque vaga y confusa, tal como la habia podido percibir en el breve espacio en que recobró sus facultades, entre su letárgico sueño y su desvanecimiento, pero sobresaliendo en el oscuro fondo de su memoria el pálido semblante de su padre Angus iluminado por la luna.

Mas vivo y completo fue el recuerdo de los hechos anteriores, porque trajo á su memoria la espaciosa sala de la posada del *Rey Jorge*, su hermana dormida, y sus propias fatigas para luchar con el sueño. Este último pensamiento la abatió, y dejando caer la cabeza sobre el pecho, dijo entre sí:



— ¡Pobre Ana mia!... la habrán muerto.... ¿Y por qué no me han matado á mí?

Mas de repente entró en su corazon una sombra de esperanza, y estendiendo sus brazos á derecha é izquierda, dijo en voz muy baja:

— ¡Ana!... ¡Si estuviera aquí Ana!

Pero no hallando mas que el vacío y no respondiéndole nadie, exclamó:

— ¡Ay, Dios mio! ¡Ana está muerta!... ¿y yo?... esta profunda oscuridad y este silencio.... yo tambien estoy muerta.... ¿Por qué no me habian de haber muerto tambien?

Esto al pronto no fue en ella mas que una idea vaga, una esperanza mas bien que un temor, pero en seguida se arraigó en su mente, y se creyó al menos trasformada y no ser la misma, y repuso:

— ¡Con que esto es la muerte!... una noche eterna, profunda, sin estrellas.... ¡Oh! me acuerdo de que blasfemé en aquella maldita casa y dije.... ¡Qué le hemos hecho á Dios para merecer tan cruel martirio!... lo dije, ¡y Dios me castiga!

Quedóse un instante callada y abatida,

y al cabo se le oyó decir con voz mas consolada:

— Ana, mi querida Ana debe estar en el cielo....

Y cruzando los brazos, la hizo estremecer el contacto de su propia carne, y exclamó:

— ¡No, yo no estoy muerta! me han sepultado viva. ¡Qué oscuridad!... Esta oscuridad me abrasa los ojos.... ¿Cuánto tiempo durará este martirio antes de morir?

Es que aquella noche, aquella oscuridad, en nada se parecía á la que vemos en la vida ordinaria y comun: aquí no hay oscuridad tan profunda que no pueda acostumbrarse á ella la vista con el tiempo, y entrever entre sombras algun objeto, algun reflejo perdido, alguna vislumbre. La noche deja siempre llegar á nosotros algun rayo que consuela; si la luna no brilla en el cielo, si la niebla ó la tempestad nos cubren la vista diamantina de las estrellas, siempre queda en la atmósfera alguna claridad; la niebla luce, y en la tempestad alumbran los relámpagos, de

modo que parece que la naturaleza aborrece las tinieblas lo mismo que el vacío.

Cualquier doctor de Cambridge nos respondería, afirmándolo con juramento, que la naturaleza no tiene horror al vacío, y que solo el peso de la columna atmosférica.... ¡Está muy bien! no queremos chancearnos con los doctores de Cambridge, que son campeones terribles, pues el reverendo Levis Drake, uno de ellos, dicen que suele defender á puñadas sus conclusiones con increíble superioridad. La oscuridad completa solo puede ser facticia, y por eso pesa tanto sobre todo ser viviente: el hombre la teme: su continuidad basta para abatir las naturalezas mas fuertes, y lleva consigo, como todo lo desconocido, terrores de instinto, inevitables, é ilimitados; puede encubrir los peligros mas fantásticos sin que se perciban, puede traer oculta la muerte, y no deja la menor defensa posible....

Los infelices que heridos súbitamente por la mano de Dios se quedan ciegos, sin pasar antes los trabajos lentos y preparatorios de una *oftalmia*, sufren casi todos

una reaccion moral, en que peligran sus facultades intelectuales, y esto á pesar de que disfrutan de la vida comun por signos sensibles; oyen el ruido, tocan la mano de un amigo, y escuchan palabras de interés, ó tierna compasion. Pero figurémonos un hombre que se queda de repente ciego, sordo, é imposibilitado de egercitar los otros tres sentidos: ¿qué le queda de todo lo que constituye la vida? ¿el pensamiento? ¡Ah! ¡el pensamiento! ¿y el pensamiento de un hombre que no puede sentir, no se reduce por desgracia á dos egercicios que abrazan lo pasado y lo futuro? ¿Qué otra cosa puede haber en él sino recuerdos tristes y terrores sin fin? Quédales á algunos la esperanza en Dios, que es una tabla de salvacion en el naufragio, y no seremos por cierto nosotros los que dudemos de la eficacia de este recurso, pero el primer efecto del padecer es abatir el corazon, ó exacerbarlo, y es preciso ser santo para resignarse á tomar la oracion por escudo contra la impetuosa herida de la desesperacion. Es preciso ser todavía mas que santo, pues el mismo Job estuvo

mucho tiempo llorando y blasfemando en el muladar, antes de entonar su sublime cántico desde el fondo de su miseria.

Clary Mac-Farlane no era en último resultado mas que una pobre muchacha, que aunque con toda la fortaleza y valor que pueden haber en su edad y sexo, no tenia defensa contra la horrorosa opresion de la soledad, aumentada por el silencio y las tinieblas. Creyó haber dejado de existir, ¿y no constituye en efecto gran parte de la muerte la absoluta falta de sensacion, no ver, no oír, y alargar la mano para no hallar mas que el vacío? Pero esta creencia, que hubiera sido un verdadero bien prolongada, porque le hubiera proporcionado descanso, ó al menos apatía, no podia ser sino pasajera, porque la infeliz niña conoció pronto que vivia por su mismo dolor, y salió de su atormentado pecho un profundo suspiro.

Esto fue despertar segunda vez con mayores angustias y amargura que la primera, y se movió, y sintió vacilar su asiento, y convulsiones en todos sus miembros, corriéndole un frío mortal por las venas.

La muerte era mil veces preferible: inclinó sobre el pecho su cargada cabeza, le oprimió el corazón un sordo estupor, y estuvo próxima á caer sin sentido en el suelo; mas tenia aun fuerza bastante para sostener algun tiempo aquella espantosa lucha, y su martirio debia durar muchas horas. En vez, pues, de sucumbir enteramente, su natural energía la reanimó, latió su corazón, se puso en pie para examinar á fondo su situacion, y sondear su sepulcro, y á los dos ó tres pasos tropezó con un obstáculo de muy singular especie, que cedia á la presión de la mano, pero que tenia detrás otro impenetrable, de modo que parecia una pared acolchada de arriba abajo. Cambió de direccion, tentó á derecha é izquierda y por todos lados, y siempre encontró lo mismo, porque estaba encerrada en una enorme caja rellena por todas partes; ¿y con qué objeto? esto no lo podia adivinar, mas cuando al fin su terror llegó á su colmo, y dió un agudo grito, este no tuvo eco, sino que se ahogó y sepultó en aquella tumba.

Aquellas paredes acolchadas eran una

precaucion contra el ruido de adentro, y un baluarte contra el de afuera, y á favor de ellas era allí tan completo el silencio como la oscuridad, y los gritos y quejidos de la prisionera debian morir con ella. Por mas que andaba tentando, siempre hallaba la misma elástica uniformidad, y no sabiendo por dónde habia empezado, continuó haciéndolo con la esperanza de encontrar un espacio, algo que no fuese aquella sofocante elasticidad, y así dió muchas vueltas hasta que se paró perdida, y creyendo haber recorrido un grande trecho. El tiempo no tenia para ella mas medida que su estension, y las horas, que tan lentas pasan en la angustia, le parecian largos dias. Una vez se encolerizó sobremanera, se rebeló contra su mortal miedo, desafió aquellas tinieblas sepulcrales que la envolvian como un sudario, quiso vencer aquel silencio enemigo, y gritó hasta que no pudo producir sino roncós sonidos. Los primeros esfuerzos de su voz fueron impetuosos, pero cayeron todos como sofocados á sus pies, porque las paredes forradas los absorbian de tal modo, que

fatigada su garganta perdió la facultad de vibrar, y tuvo que callar por fuerza, y á su pesar. Entonces creció su cólera, fermentó su abrasado cerebro, y en un momento de delirio, impulsada sin duda por una de esas repentinas é indeliberadas tentativas de suicidio, que sugiere á la desesperacion la soledad, que es muy mala consejera, se precipitó violentamente hácia adelante, pero rebotó su cabeza sin lesion contra el túpido y espeso cogin de lana que cubria la pared. En aquella horrible prision no se podia morir de un golpe, era preciso esperar y seguir la marcha lenta de la agonía sin apresurarla, era preciso irse consumiendo poco á poco, y beber gota á gota el hondo cáliz de la muerte, hasta apurar sus heces.

Clary desvanecida por el choque, cayó al suelo sobre una especie de tapiz de paja que lo cubria todo, y allí permaneció un instante sin sentido, lo cual le proporcionó algun descanso, de forma que cuando volvió en sí se halló mas tranquila y en disposicion de dirigirse á Dios. Entonces reanimó su alma dolorida una ardiente

devocion, como á Job en el momento de entonar su cántico, y alabó al supremo Hacedor la pobre mártir, y se entregó sosegada á las austeras esperanzas de la religion.

¡Ah! el fatigado viagero que atraviesa los inmensos arenales del desierto, desea prolongar su parada bajo las altas palmeras del *óasis*, que se ostentan verdes y risueñas, pero le precisa continuar su camino. ¡La sombra es tan apacible, tan agradable la yerba, tan grato el ruido del agua para el que poco antes se moria de sed bajo los rayos de un sol abrasador! Pero necesita partir; es preciso abandonar el *óasis* amado para internarse en la odiosa atmósfera de *Sahára*, levantar los pies de la húmeda yerba que los ha refrescado un instante para volverlos á hundir en la hirviente arena, y despedirse de la benéfica fuente para arrostrar el desecante viento que enerva, como el hálito de un horno ardiendo:

Clary queria pararse y descansar en los consoladores pensamientos del cielo, pero la rodeaba la desesperacion como los are-

nales al *óasis*, y el espíritu humano es como el viagero, que no puede estar parado, y así fue que volvió á caer muy luego en su mortal angustia. Pasó por todas las alternativas de cólera, de abatimiento y de esperanza; dirigió sus plegarias al cielo, maldijo á los que la tenían en tal estado, lloró amargamente, y pasaron las veinticuatro horas de un día sin haber percibido el menor ruido, la mas pequeña vislumbre de claridad. Las tinieblas en que estaba no eran de aquellas á que se puede acostumbrar la vista, sino siempre la misma noche, noche oscurísima, lúgubre, pesada. Acababa de hacer oracion, y su tormento habia cesado un instante para volver sin duda mas intenso, porque sintió el primer aguijon del hambre: hacia cerca de dos dias que no comia la infeliz, y si la sonrisa de un ángel hubiera podido alumbrar aquella absoluta oscuridad, hubiera ella visto las paredes de su encierro. Se llevó la mano al pecho, y aquel nuevo martirio la hizo sonreir dulcemente, porque al fin de él vió la muerte: y la saludó desde lejos como á una amiga generosa,

en cuyos brazos hallaria el último asilo. Sus ideas cambiaban á medida que progresaba en ella la inanición: mil pensamientos confusos, mil ideas halagüeñas unas, crueles otras, se agolpaban en su mente, y se agitaban en ella con maravillosa rapidéz: al mismo tiempo adquirió su estenuado cuerpo una sensibilidad estremada, se estremecía sin motivo, le daban deseos de correr, de revolcarse por el suelo, de bailar; y agitándose en todos sentidos sobre su lecho de paja, mas de una vez turbaron aquel sepulcral silencio sus carcajadas de convulsiva risa. La pobre criatura estaba ya como habia dicho el doctor Moore á Rio-Santo; su sistema nervioso empezaba á ceder á los ataques del hambre, de la oscuridad y del silencio: de repente la dejaban tiesa y como muerta unos vahidos de terror, en seguida cantaba con dulzura, y á muy poco callaba espantada con su propia voz. Despues le parecia ver iluminarse la oscuridad; luces fantásticas corrian en todas direcciones como las chispas de los fuegos artificiales, y á lo lejos pasaban figuras lívidas y espectros

envueltos en mortajas. Daba débiles gritos, y cambiando la escena, se figuraba ver un baile: el resplandor de las luces le hacia cerrar los ojos; veia danzar caballeros muy galanes, damas medio desnudas, y perfumes, flores, diamantes, sonrisas... y se sonreia tambien, y aspiraba los perfumes y oia la música, hasta que al fin, agitados sus nervios, una repentina convulsion la volvió á sumergir en la oscuridad, y acometiéndola el dolor físico, se apretó con ambas manos su contraido estómago, y sollozaba como un niño que padece en sueños....

¡Oh! la medicina tiene medios todavía mas poderosos para destruir que para salvar: si Dios ha condenado, no puede retardar el momento fatal, ni sus esfuerzos servirán mas que para atormentar los últimos instantes, pero cuando se trata de dañar ¡qué eficaz es! Puede elegir entre los males que afljen al hombre, puede copiarlos, reproducirlos, hacerlos nacer.... En la edad media los señores adulaban á sus barberos, y ahora conocemos lores, y lores seguramente de ta-

lento, que hacen la corte á sus médicos.

Pasó otro dia mas, y Clary estaba tan estenuada que ya no se podia mover: habia desaparecido la idea de Dios, y mil pensamientos imposibles cruzaban por su debilitado cerebro: su hermana, su padre, Stephen, pasaban por delante de ella, y no la veian, y los queria llamar, pero se ahogaba la voz en su seca y entumecida garganta. Otra imágen tambien se le presentaba á lo lejos, y entonces llevaba las dos manos á sus ojos fatigados de llorar, brotaban abundantes lágrimas por entre sus dedos, y con voz exánime, y casi imperceptible, esclamaba:

— ¡Edward!... ¡Edward!...



XXXVIII.

Alucinamiento.

TERRIBLE agonía era la de la desventurada Clary! Nada hay comparable con su lento y mortal suplicio; la idea sola de tormentos tan crueles oprime el corazón, é infunde espanto. No se puede decir que antes no hubiese padecido nunca, porque hacia seis meses que sufría y atormentaba su alma un amor irresistible, que se había apoderado de ella á su pesar, y luchaba con los escrúpulos de su conciencia. Su-

fria, porque este amor, oculto para todos, destruía la ilimitada confianza que habia existido siempre entre ella y su hermana; y sufría, en fin, porque su amor, mas ardiente mientras mas lo queria sofocar, se alimentaba solo con vagas esperanzas, con un deseo ignorante, y de vez en cuando con algunos ratos de muda contemplacion del objeto adorado. Pero este sufrir, este padecer, era de los que se aprecian tanto como la felicidad, el que los poetas llaman *dulce tormento*, el que muchas veces hace derramar lágrimas á las jóvenes, pero que mas tarde, cuando son felices, las recuerdan, se oscurece su vista, palpita su pecho, y con una melancólica sonrisa suspiran echándolas menos.

En lugar de este dulce sufrimiento de amor, que lleva consigo delicias y consuelo, se hallaba Clary Mac-Farlane sumida de repente en la atroz realidad de una afliccion inaudita, que dos dias antes no hubiera podido tener sin volverse loca. Porque habia en Lóndres una jóven débil y desgraciada, que se moria de un mal desconocido, se habia robado á Clary robus-

ta, llena de vida, y radiante de hermosura, para convertir á placer, su robustéz en desfallecimiento, y su vigor en debilidad. Los padecimientos de su cuerpo se ocultaron en la noche de un sepulcro, como con un velo impenetrable, se comprimia su alma entre la soledad y el silencio, se minaba su moral y su físico, se debilitaba su fuerte complexion con deliberado intento, y se destruia científicamente su temperamento y su espíritu, y esto para hacer despues esperimentos, para tratarla como un cadáver destinado á las observaciones médicas.

Los miembros del colegio real hacen por lo comun sus esperiencias en los perros, pero el doctor Moore desconfió sin duda de poner histérica una perra, y dió además poca importancia á matar de paso una muger. Ya le oimos explicar tranquilamente su sistema al marqués de Rio-Santo: *atacaba á Clary con la dieta y la secuestracion absoluta en la oscuridad: á esto estaba reducido en resúmen. ¡Qué bien lo componen todo los términos médicos! La dieta y la secuestracion no son*

cosas muy temibles, ¿no es así? Parece que no, ¡Dios mio! solo que la dieta es el hambre, y la secuestracion un horrible calabozo. Estos dos medios eran infalibles para conseguir el fin que se proponia el doctor, pues cualquiera jóven y púber, sujeta al tratamiento impuesto á Clary, se hubiera destruido lo mismo, porque con él no vale la fuerza y la robustéz, sino que antes daña, y los temperamentos mas fuertes son los que mas pronto sucumben. Solo el vigor del alma es el que puede resistir algun tiempo, pero al fin cede tambien, y una vez vencido sigue la aberracion de los sentidos: en los histéricos padece la inteligencia, se debilita y se duerme en la apatía, ó muere; mientras que le sobrevive tristemente el cuerpo en el idiotismo ó la locura.

A los dos dias de dieta y secuestracion experimentaba ya Clary todos los sintomas de una afeccion nerviosa muy caracterizada, y no conocia su estado sino en algunos lúcidos intervalos que cada vez eran mas raros. El hambre, que era entonces el agente principal de su padecer, no se limi-

taba ya á atormentar el estómago con ansias intolerables, sino que atacaba todo su cuerpo: sus miembros estaban quebrantados, encogidos sus riñones, trastornada la cabeza y deslumbraban sus abrasados ojos dolorosas y rápidas visiones. Algunas veces creía morir, otras pensaba con amarga desesperacion que podia vivir de aquel modo mucho tiempo: ya no dirigia sus súplicas al cielo, porque entre ella y Dios, que se le presentaba terrible é inexorable, segun las ideas de la devocion escocesa, se interponia obstinadamente la imágen de un hombre, y se le venia sin cesar á los labios un nombre, que hubiera hecho sacrilega su oracion mezclado con ella. Este era Edward, Edward á quien amaba, Edward que la llenaba tanto, y dominaba de tal modo los fugaces resplandores de su pensamiento, que su alma piadosa se olvidaba de Dios.

¿Pero imputará la justicia divina á crimen el funesto trastorno de las horas de la agonía? ¿Puede aun pecar el alma que vacila en los últimos confines de la vida? Además la pobre Clary habia tratado de

rechazar aquella imágen intrusa para volverse hácia el cielo, aunque sin fruto, porque Edward estaba allí siempre, bello como un ángel, y con los mil prestigios de la ausencia y del pesar; lo veía allí esponiendo su frente pensativa á la religiosa luz de las lámparas, como en la iglesia del Temple, ó muellemente recostado en un sillón, iluminado por el sol naciente, y enviándole al través de la poblada calle aquel beso único, cuyo benéfico y refrigerante soplo creía percibir en sus desecados labios. Cuando desaparecía esta imágen, era porque insensible, ó dominada por el dolor, no podía pensar; pero volvía muy pronto el adorado recuerdo, ya acompañado de los crueles pesares de la ausencia, ya de inefables enagenamientos....

Las enfermedades que atacan el sistema nervioso, ó el cerebro, presentan siempre fenómenos nuevos y estraños, padecimientos inauditos, goces incomparables, visiones semejantes á las que produce el opio á los iluminados de Oriente, infernales unas, y celestiales otras, cuyo continuo contraste mata. Clary, tendida sobre su lecho de

paja, tuvo aquella larga noche muchas, tanto agradables como terribles, y á veces mezcladas de dolor y placer, y ocasion hubo en que se sonrió dulce y tranquilamente en medio de una convulsion, así como lloró con amargura en medio de la sonrisa. No habia para ella transicion entre el bien y el mal, sino que ambos se disputaban en encarnizada lucha los restos de una existencia, que los golpes del dolor y los halagos del placer precipitaban á su último fin.

En la ocasion de que hablamos, Clary se vió de pronto con Edward sobre un magnífico caballo, atravesando á galope las populosas calles de Lóndres: las gentes espantadas le abrian paso por todas partes, y el caballo volaba: Edward, firme en la silla, la sujetaba por la cintura, y ella sentia la presion del brazo y la mano que descansaba precisamente sobre su corazon. Echada hácia atrás lo miraba como cuando los ojos casi se tocan, y se encuentran las pupilas en magnético contacto; su respiracion llegaba á la boca de Edward, y sintiendo que la tocaba con todo

su cuerpo, desfallecia de placer: Edward, por su parte, la miraba sonriendo, y ella se enagenaba con esta sonrisa, que era la de un dueño que descende á amar, y la de un caballero que adora; imperiosa y régia, pero tierna y rendida.

Corria el caballo por el sonoro empedrado, y las casas de Lóndres desaparecian como impelidas por el viento, hasta que quedando todas atrás, se halló en hermosas campiñas iluminadas por el sol, que desplegaban en toda la estension de la vista sus inmensas riquezas. ¡Cuán á propósito es para el amor la libertad del espacio, y cómo ensancha la opresion del corazon el aire de la soledad! ¡Cuán hermoso es el amor entre las galas de la naturaleza, y cómo se embellece ésta á los ojos del amor! Clary se dejaba llevar blandamente, ó gozaba ansiosa de su felicidad dedicándole hasta su último aliento, y sus ojos pasaban alternativamente desde las bellezas de aquel pais á la noble fisonomía de su amante. Este precipitaba infatigable la rápida carrera de su caballo, los horizontes huian como antes los edificios, y todo cambiaba

de aspecto: montes, lagos, bosques, opulentas mieses se sucedían unos á otros: divisábase á lo lejos el perfil de una población, los opacos torreones de un castillo antiguo, ó la línea azul de un río que atravesaba la pradera, derramando sobre todo ello el sol sus brillantes rayos de oro. Son el amor, y el sol las dos antorchas del mundo: en la vida positiva y real nadie muere de placer, pero Clary estaba fuera de ella, y escediendo sus límites lo mismo su dolor que sus goces, se hallaba próxima á morir de felicidad.

De repente terminó la carrera el fogoso caballo, se paró, y Clary no lo vió mas: el sol ocultaba su rojizo disco detrás de una montaña, y ella sentada sobre el césped creyó reconocer el sitio, observó con reflexion, y vió la sombría naturaleza de la Escocia meridional, su patria. Al momento se agruparon á su alrededor todos los objetos queridos de su infancia, la casa de su padre antes que comprara el castillo de Crewe, la granja de Leed, los bosques de Santa María, y en medio de ellos la casa solitaria de Randal Graha-

me, el torrente de Blak-flood, y las añosas ruinas del antiguo convento. Junto á ella estaba tambien sentado Edward sobre el césped, callado, y hablando únicamente con sus hechiceros ojos: todo era allí sosiego y reposo; la brisa de la tarde traia silenciosa los perfumes que exhala el campo al ponerse el sol, y terminaban los placeres del dia. La indecisa claridad de la tarde es preferible á la deslumbradora luz del mediodia, y el reposo á la fatiga, pues el amor para llegar al apogeo de sus delicias necesita sombra y sosiego. El amor de Clary escedia toda ponderacion, y como era pura solo podia soñar puras caricias, mas la consumia al mismo tiempo un fuego desconocido; de pronto sus miembros se agitaron, estremeci6se toda, no por ningun ataque nervioso, sino por un sueño que le presentó una muger sentada al otro lado de Edward, y se quedó helada. No podia distinguir sus facciones, sino solo su cuerpo como una forma indecisa entre la poca claridad del crepúsculo, y se apretó contra Edward, que no correspondió á su presion: celosa entonces y herida en su

inmenso amor, miró de nuevo á aquella muger, á aquella sombra su rival, y conoció á su hermana, cuyo nombre pronunció desesperada. Ana se volvió risueña, Edward miró á una y otra como vacilando, y rechazando á Clary, se arrojó á los pies de su hermana: aquella dió un grito lastimero, y quedó yerta sobre su lecho de paja. Desde este momento fue el silencio tan absoluto como la oscuridad en aquel calabozo, sin que lo pudiera interrumpir ni aun la débil respiracion de la prisionera.

Semejante sueño no era probable que se pudiese realizar jamás con su agradable principio y su triste fin, porque el porvenir de Clary no podia al parecer alargarse mucho, pero algo sin embargo habia en él de verdad, y el misterioso don de adivinar que precede, segun dicen, á la muerte, le revelaba el amor de Edward á su hermana. Media hora duró aquel completo silencio, al cabo de la cual se oyó un ligero ruido en el techo, y al mismo tiempo un rayo de luz de forma cónica, atravesó las tinieblas, iluminando los átomos suspendidos en aquella pesada atmósfera, y proyectan-

do de pronto un círculo de luz en la paja del pavimento, fue dando vueltas como para alumbrar toda su superficie, hasta que se fijó sobre Clary. Yacia esta en el suelo sin sentido, desconocida con aquellos dos dias de martirio, enflaquecida su noble fisonomía por el hambre y el dolor, y con manifiestas señales de la convulsion que acababa de sufrir. Un verdugo no hubiera podido ver sin estremecerse los efectos del bárbaro suplicio que se egercia con una criatura tan linda y admirable en medio de su padecer: un verdugo se hubiera compadecido de aquellas blancas y torneadas manos apretando su pecho, que ya no latía, con ademan desesperado, de aquellas megillas pálidas y descarnadas, de aquellos hermosos ojos abiertos y sin brillo, de aquellas dolorosas arrugas que cruzaban su preciosa boca de niña, tan bien formada para la sonrisa.... Mas el hombre que desde lo alto dirigia la luz, no tenia entrañas, ni piedad; no era verdugo, pero era maese Rowley, el ayudante farmacéutico del doctor Moore, que despues de haber pascado la luz por todo

el rostro de Clary, y examinádola con atencion, dijo:

— ¡Tá, tá, tá!... Esto al fin no vale cien guineas..... mas pues están pagadas, preciso es no perderlas.... Se me figura que la niña tiene ganas de morir sin nuestro permiso.... ¡Bah! resucitamos á un ahorcado y no hemos de saber estorbar que una niña nos abandone!... ¡Tá, tá, tá! hija mia, nos costais cien guineas, y nuestro dinero exige que vivais un poquito mas....



El ayudante farmacéutico.

MAESE Rowley cerró cuidadosamente la ventanilla ó mira por donde habia introducido la luz de la linterna, y le echó por encima un pedazo de tapiz, que la cubrió del todo. Su habitacion, que estaba en el piso segundo de la casa del doctor Moore, era tan desagradable como su persona; una multitud de frascos y redomas de diversos tamaños, y llenos la mayor parte de polvo, le daban una apariencia

singular, pero muy poco grata, y el olor á botica, tan acre y repugnante que exhalaban, era capáz de envenenar á cualquiera por la nariz. No podemos decir que á Rowley le engordase aquella pestilente atmósfera, porque estaba seco y nudoso como las cepas en invierno, pero vivia en ella al menos con sumo placer: aquel nauseabundo olor de drogas y preparaciones diabólicas afectaba agradablemente su delgada y curva nariz, y la vista de tanto bote cubierto de polvo regocijaba sus ojos pardos escondidos detrás de unos anteojos redondos. Aquel era su arsenal, su biblioteca, y su bodega además, porque Rowley echaba la ginebra en redomas de botica, y nunca la bebia con mas gusto que cuando aplicaba á su ancha boca el cuello de una rotulada *Láudano* ó *Acido prúsico*, ú otro título infernal.

Reduciase toda su biblioteca á un libro intitulado *Recreaciones toxicológicas* del doctor Venom, que por si nuestros lectores no lo conocen, será del caso que sepan que, bajo tan suave título, enseña á envenenar los gatos, los canarios, los

topos, las anguilas, y por analogía, los hombres. Todas las noches, antes de acostarse, leía un capítulo, y esto le proporcionaba un sueño tan dulce y tranquilo, como si hubiera sido una oda en loor de Wellington, ó un discurso impreso de lord Stanley. Este bribon, seco y macilento, era la farmacia personificada, el veneno en forma humana: no se hallaba bien al aire libre, y solo respiraba á sus anchas en una atmósfera corrompida; y así como dicen que hay personas incombustibles, nosotros creemos que era invulnerable, y que podia comer y digerir sin inconveniente un bistek sazonado con arsénico.

El doctor Moore le habia hecho el encargo especial del cuidado de Clary MacFarlane, prefijándole dos dias para su dieta absoluta, y como habia espirado este término, quiso ver como se hallaba, y ni la menor impresion le causó verla tendida desmayada sobre la paja de su encierro, porque le pareció la cosa mas sencilla del mundo, ni le admiró tampoco porque la habia previsto. Escogió en seguida media

docena de frascos en su arsenal, y bajó con ellos al despacho de Moore que estaba ausente, pues aunque á todo ser viviente le estaba vedada en su ausencia la entrada en aquel santuario de sus misteriosos y científicos trabajos, Rowley era una especie de cuerpo sin alma, y no hablaba con él la prohibicion, además de que era completamente adicto al doctor, y lo amaba por su veneno, como hubiera amado á una serpiente de cascabel.

—Es cosa muy delicada, entró gruñendo en el despacho, perder lo que cuesta cien guineas.... ¿Mas por qué comprarlo en cien guineas, cuando se podia tener por cincuenta?... ¡Y qué buenas cosas se hubieran podido comprar con las otras cincuenta!...

Rowley sintió hacérsele la boca agua, como al goloso cuando se habla de dulce, porque *buenas cosas* para él significaban drogas y venenos. Atravesó el despacho del doctor, abrió una puerta, que no hizo el menor ruido, acolchada por el revés, y tocando casi con otra forrada tambien con lana, que daba entrada al calabozo en que

estaba Clary, y sacando de su linterna la vela encendida, quedó alumbrado de repente. Era este una pieza muy pequeña de la habitacion particular del doctor, y dispuesta indudablemente para el uso que en la actualidad tenia; y aunque lo dicho en los capítulos anteriores basta para que el lector tenga idea de ella, debemos añadir que su único mueble era un estrecho banquillo, y la tela del acolchado de las paredes negra, para impedir seguramente el menor reflejo de luz. Era un sepulcro, una verdadera tumba, en que la luz de la vela, absorbida por el color negro de las paredes, parecia que no alumbraba, y solo esclarecia un poco la blanca figura de Clary tendida, como hemos dicho, en el suelo entre las enredadas madejas de su rica cabellera. Rowley acercó á ella el banquillo, puso encima la vela, y le dijo:

— Buenos dias, hija mia, buenos dias... hermoso pelo, ¡á fe mia!... ¡y hermosa dentadura!... ¡Pero cien guineas!... Mas yo en realidad nada tengo que ver con esto.... ¡Lo cierto es que este diabólico nicho no es un lugar de recreo!

Y mirando y recorriendo toda la pieza por debajo de sus anteojos, exclamó:

—Escelente paño para hacer un vestido de casaca, chupa y calzon.... y lana debajo para media docena de almohadas.... ¡Tá, tá, tá! todo esto vale dinero.

Despues de estas económicas reflexiones añadió:

—Vamos, hija mia, vamos.... estamos en estado de deliquio.... ¡Eh! ¡eh!... el corazoncito no late apenas.... el aliento no podria ya mover un papel, ¡no!... Vamos, hija mia, respiremos una cosa buena para reponerse.

Olió en seguida uno en pos de otro los frascos que habia traido, hasta que aplicó á la nariz de Clary uno destapado, que seria alguna preparacion muy activa, porque le hizo dar al momento un débil gemido, y estrujó convulsivamente las pajas que se le habian enredado entre los dedos.

—Bien, bien, hija mia, gruñó entonces Rowley, que habia tenido la precaucion de cerrarle los ojos; ¿quereis comer un bocado?

Clary se habia vuelto á quedar iumóvil,

y nada respondió, y él repuso con cierto aire de bondad:

— Quien calla otorga, y en verdad, hija mia, que debeis tener apetito....
Aguardad un instante.

Puso otra vez la vela en la linterna, se fue, volvió en seguida con un pedazo de pan en la mano, y dijo:

— Cómo nos vamos á regalar, hija mia....

Clary no lo oia aun, pero le puso el pan entre las manos, y le aplicó otra vez el frasco á las narices, diciendo para sí:

— ¡Al despertar va á perder su comida, es bien seguro!... pero ella buscará....
Vamos, hija mia.

Clary se estremeció débilmente, y abrió despues los ojos, mas Rowley apagó al momento la luz, y se fue cerrando las puertas.

— ¡Oh Dios mio! exclamó ella, ¡creí que veía!

Al mismo tiempo oyó el ruido de la puerta, y conmovida por ser el primero que percibia hacia tres dias, tuvo fuerzas para lanzarse al sitio de donde habia sali-

do, pero solo encontró la pared acolchada.

— ¡Todo ha sido un sueño! dijo y se volvió á dejar caer abatida.

Rowley subió á su cuarto, y volvió á abrir la ventanilla, diciendo:

— Habrá perdido el pan seguramente, y es preciso que coma algo.... confieso que no sé cómo hacerlo....

Dicho esto se frotó la oreja, formó su plan como los hombres de genio, y con voz suave y melosa, como la que debió adoptar el lobo antes de devorar al cordero, dijo:

— ¡Buscad, hija mia, buscad!... Dios que da alimento á las aves, ha puesto á vuestros pies un pedazo de pan.

Clary miró al momento al techo, y vió una claridad incierta que desapareció instantáneamente, y era la de la ventanilla que se cerraba.

No era posible que á Rowley le ocurriera el efecto que habia de producir este golpe de teatro: Clary en extremo piadosa, y educada con las creencias místicas de la devocion escocesa, tomó al pie de la letra las palabras de aquella voz desconocida

que le hablaba desde lo alto. Su ardiente devocion entibiada por la falta de fuerzas, se reanimó de repente, y arrepentida de haber desesperado, se dirigió con el corazon á Dios con la mayor confianza, y empezó á buscar por el suelo el pan milagroso, que al fin encontró, y se hincó de rodillas para dar gracias á Dios que la socorria. Su fe, reanimada por la oracion y el alimento, aunque tan escaso é insuficiente, que devoró con ansiedad despues de tan prolongado ayuno, le restituyó la calma, y algunas fuerzas: ya no tenia las terribles y extravagantes visiones anteriores, ó por mejor decir, ya no temia, porque la idea del cielo la iluminaba, y Dios llenaba su soledad. Si la luz de la linterna de maese Rowley hubiera penetrado en este instante en aquella oscuridad, el ayudante envenenador se habria asombrado por cierto del efecto que habia producido su pedazo de pan. Clary, sentada en el suelo y apoyada en el acolchado de la pared, como en el respaldo de un sillón, tenia una calma sublime en su semblante, á pesar de su estremada palidéz, y sus ojos, dirigidos al cie-

lo, mostraban la pura y religiosa esperanza que no se cifra en este mundo. Sabia ella, ó al menos creia, que estaba condenada á morir, y su esperanza por lo tanto estaba fuera de las cosas de la vida, y era como una fruicion anticipada de la santa é ilimitada quietud que obtiene el justo despues de su última agonía. Su boca, cuyos labios estaban medio sonrosados porque la palidéz rebajaba el brillo de su coral, expresaba una angelical sonrisa, y todo su conjunto en fin era bello é interesante. Dios, á quien invocaba sin cesar, debía dirigir una mirada paternal sobre aquella delicada obra suya, sobre aquella perfecta criatura que en medio de las angustias de una lenta agonía, entregaba á la oracion su alma vírgen: los hombres la hubieran adorado, los ángeles la esperaban para trasladarla al cielo.

Este sosiego duró algunas horas, mientras ella pudo orar, mas despues empezaron á invadir su imaginacion ideas profanas, y á interrumpir su oracion, y Clary conoció que estaba próxima á otra terrible lucha, como la en que habia estado antes

á punto de sucumbir, y se incorporó con valor para hacerle frente y combatirla. Vino en efecto la tentacion, fuerte y vigorosa por la debilidad que á ella la oprimia, y fuerte por las tinieblas, el silencio y la soledad, y volvió á ver á Edward, gallardo, hermoso, ¡ah! ¡y siempre amado! y apartó á otro lado la cabeza, y adonde quiera que dirigia sus fascinados ojos, allí estaba Edward, allí la seducia con el atractivo de su sonrisa, allí la enloquecia, interponiéndose siempre entre ella y Dios.

No es posible describir los pormenores de esta cruel batalla, en que no hubo clase de tormento que no sufriera su desgarrado corazon, próximo á dejar de latir: se acordaba de su sueño, veia la sombra de su hermana junto al hombre que la esclavizaba, y el cielo invocado, en vano la queria liberar. ¡Era Edward tan hermoso y digno de ser amado! ¡descollaba tanto su altiva frente sobre el nivel de los demás hombres! ¡encantaba tanto su mirada! ¡era tan seductora su sonrisa! Inútil era la resistencia de Clary, sucumbia pero su derrota ahora era de diversa clase: no se entregaba al vence-

dor con el febril ardimiento de antes, no le llamaba ya con toda la voz de su alma, gozosa de pecar con tal cómplice y perderse con él; su pena era ahora grave y austera, sucumbiendo se arrepentía, amando sentía amar, y en medio de su fatal enagenamiento se dirigía á Dios con energía, y prolongando la lucha despues de la derrota, no se reconciliaba con su flaqueza. No tenia ya tampoco aquellos delirios deliciosos, ni los arrebatos de desesperacion; Ana era siempre su hermana querida, y la angustia de sus celos no bastaba para entibiar su ternura. ¡Ana! este dulce nombre le hubiera servido de égida, como el de Dios, contra el amor que la consumía, si este no hubiera llegado á tomar en su corazon proporciones extraordinarias, pero era tal su pasion y tan fuerte que todo desaparecia á vista de ella.

Volvió á sentir entretanto el hambre y la debilidad, y con ellas los síntomas principales de la calentura nerviosa, pero siendo su postracion y abatimiento superiores, se durmió en un momento de sosiego con el penoso sueño que en vez de proporcio-

nar descanso, no hace sino prolongar las fatigas de la vigilia. ¿Y quién podía saber si debería despertar de aquel doloroso sueño? El doctor Moore tardaba en volver engolfado en registrar el gabinete secreto de Rio-Santo, y Rowley acababa de inventar una preparacion enteramente nueva, que mataba un perro en tres segundos y cinco avos de otro, con una fraccion además incalculable, de lo cual inferia que á un hombre le daría la muerte en la cuarta parte de un minuto, lo cual era un magnífico resultado que lo tenia lleno de gozo. Clary, con todo, despertó, y en vez del lecho de paja se halló en una cama con colgadura de damasco oscuro, y en un cuarto desconocido, alumbrado por la escasa luz de una lámpara con pantalla, colocada sobre un velador algo distante. Enfrente de la cama habia una ventana, por cuyos cristales penetraba oblicuamente un rayo de luna, que describia en la colgadura una línea blanquizea, y junto al velador un hombre sentado y vuelto de espaldas á Clary, hojeando muy despacio un tomo en cuarto, con una espaciosa calva que se

distinguía bien, con dos tufos de pelo largo y espeso alrededor de las sienes, á la manera que en un campo se ve un camino abierto cercado por ambos lados de un vallado de seto vivo. Desde la cama solo se le podia ver el perfil de una fisonomía aplastada, en que sobresalía la punta de una nariz de pico de loro, un ángulo de la ceja, y la cuarta parte de los anteojos. Clary apenas pudo ver nada de esto, porque fue el hambre la que la despertó, y poniendo las dos manos sobre su abrasado pecho exclamó:

— ¡Dios mio, cuánto padezco!

El hombre del tomo en cuarto dejó el libro, que era el de las *Recreaciones toxicológicas*, y se volvió á mirar á la cama descubriendo toda la cara patibularia de maese Rowley, el ayudante farmacéutico, y dijo al mismo tiempo:

— ¡Qué diablo! hija mia, ¡qué diablo! ¿Con que padeceis? Muy bien, paloma mia, pronto tendremos aquí un médico.... y un famoso médico....

— ¡Pan! murmuró Clary: ¡en nombre del cielo, señor, un poco de pan!

— ¡Tá! ¡tá! ¡tá! dijo Rowley, ¡pan, hija mia!... Nosotros no damos pan á nuestros enfermos.

En este momento pudo Clary coordinar un poco sus ideas, y quiso preguntar dónde estaba, é informarse, pero le faltó la voz. Rowley entretanto se habia metido debajo del brazo las Recreaciones toxicológicas, y acercándose á la cama con la lámpara en la mano, pero Clary, acostumbrada á la oscuridad, no pudo resistir la luz, y cerró los ojos. Rowley la contempló un instante, y dijo al fin con una especie de convencimiento:

— ¡Para una muchacha es muy fuerte! ¡escesivamente fuerte!... Estoy seguro de que una simple dosis de láudano apenas podria....

Se interrumpió para sonreirse, y encojiéndose de hombros, añadió:

— ¡Tá! ¡tá! ¡tá! el láudano es una antigualla. Dónde habré yo ido á buscar el láudano!... ¡Ah! mucho deseo ensayar en alguien mi descubrimiento... Tres segundos, cinco avos y una fraccion.

Los labios de Clary se ponian blancos,

y le temblaban los párpados, y Rowley, al observarlo, se metió en el bolsillo un pomito que tenia en la mano y miraba con placer, y exclamó:

— ¡Oh! ¡oh! la muchacha va á tener una crisis.... Este es negocio del doctor.



El despertar.

COSAS hay que la pluma se resiste á escribir, y con lo ya dicho creemos hay bastante para que el lector comprenda, ó adivine, cuál podria ser la conducta del doctor Moore á la cabecera de Clary MacFarlane: no iba á prestar á la agonía los auxilios de su ciencia, sino á hacer experimentos con peligro de matarla. Pero esta espresion es demasiado suave, y no lo acusa bastante, porque la muerte de

Clary no era para él dudosa, sino cierta, y tan segura, que cuando volvió á su casa, y se presentó á su cabecera, fue con la cara descubierta, y en verdad que en un hombre tan prudente como el doctor, obrar así en presencia de su víctima, era señal de estar muy seguro de su eterno silencio. En Lóndres hemos visto representar traducido un drama, famoso al otro lado del estrecho, en que una reina de Francia, por cierto apócrifa, se descubre el rostro en presencia del hombre que la acababa de poseer; pero detrás de él hay levantado un puñal, y la reina, con una mano se quita la máscara, y con la otra hace una seña, y el puñal le quita á él la vida. Como este drama no se habia aun escrito en la época de que hablamos, no podemos acusar de plagio al doctor Moore, pero el crimen ha sido igual en todos tiempos, y cuando llega á quitarse la máscara, es señal siempre muy funesta. El doctor habia condenado á Clary, y como esta sentencia no tenia apelacion, debia ella sufrir sus tormentos todo el tiempo que necesitase Moore para sus experien-

cias, y despues.... No queremos entrar en los pormenores de ellas, porque despues del horror que causarian, no era posible que nos entendiera el lector sin una multitud de notas que esplicasen los términos técnicos de que nos tendríamos que valer.

Podrá ser que parezca esta escusa necia á nuestras encantadoras ladys, y en verdad que si escribiéramos solo para las reinas de Almack, que son la flor y nata de los tres reinos, no debiera detenernos tan pequeña cosa. ¿Pues no vimos en 1827, cuando se instruyó el proceso del doctor Cootes Campbell, acusado de haber inoculado con lanceta á una niña de doce años un virus de la peor especie, á fin de hacer un ensayo para la curacion de aquel mal, y hacerse una *notabilidad*, no vimos, repetimos, la sala del tribunal llena de vestidos de muselina y gorras de encaje? ¿No vimos pagar por un billete de entrada hasta diez guineas, y que el mas barato no bajaba de cinco? ¡Oh! no, bellas ladys, no es por vosotras por lo que se detiene nuestra pluma: sabemos que teneis fortaleza, y que si aun estuviera en uso

la *cuëstion* ordinaria y extraordinaria, prefeririais arruinaros á perder vuestros asientos al lado del verdugo, con grave daño de las empresâs dramáticas; el teatro real tendria que cerrarse, pero el verdugo de Lóndres se enriqueceria enormemente. Si nos negamos á bosquejar este cuadro, es porque estas páginas atravesarán el Estrecho antes de leerse en Inglaterra, y las ladys francesas no son aficionadas, segun dicen, á las diversiones del anfiteatro, y dejan á las mugeres públicas y á las ociosas, que en todas partes son unas mismas, el placer de asistir esclusivamente á las funciones de guillotina.

Esto parece increíble, convenimos en ello, pero qué quereis, miladys, es preciso que compadezcamos á esas débiles parisien-ses, que no saben hallar placer en lo que lo teneis vosotras: tal vez lo tendrán con el tiempo, pues ya hemos oido decir que algunas fuman y empiezan á comer tajadas de vaca como vuestras señorías. Un poco de paciencia, que la *anglomania* está muy en moda en altas regiones, y ya vereis como conseguimos sazonar con nuestra

pimienta fuerte las costumbres frias y las insulsas salsas de esa pobre Francia, que hoy no nos llega al zancajo: por consiguiente, miladys, *¡rule Britannia!* *¡Viva Inglaterra!* *¡Que Dios os bendiga,* etc. etc. y os permita todavía frecuentar por largos dias á Old-Bailey!

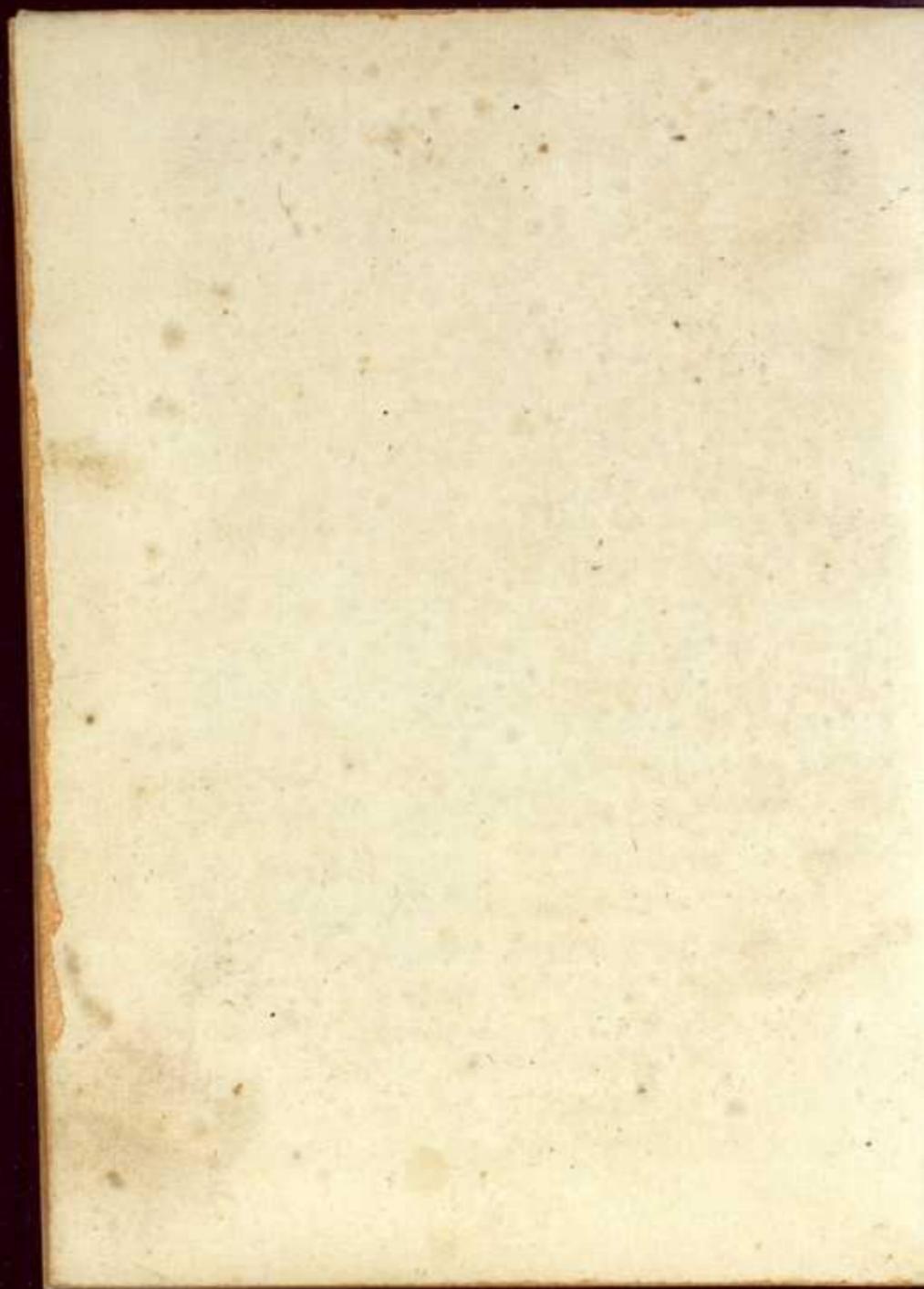
Lo que acabamos de decir del doctor Cootes Campbell, que fue honoríficamente absuelto, á pesar de estar mas patente su crimen que la luz del sol, nos podria ahorrar de insistir sobre los verdaderos pormenores del triste episodio que vamos á concluir, pero la cosa es tan atróz, y tan impropia de un pueblo civilizado, que hace alta ostentacion de su filantropía, y con dolor lo decimos, tan peculiar de nuestra desgraciada nacion, que podria no creerse fácilmente en ninguna otra. Mucho deseariamos que se pudiera poner en duda, pero los hechos hablan: los casos de experiencias en personas vivas son innumerables, y seria muy larga la lista de los médicos citados por esto ante los tribunales ingleses. Nuestros facultativos son en general muy sábios, y

conocemos algunos muy honrados, entre los que no faltaria tal vez algun corazon compasivo; pero es una verdad terrible que el doctor Moore no es un personage facticio: Lóndres entero lo ha conocido bajo otro nombre, muchos tienen noticia de sus experiencias homicidas, y es, no obstante, un hombre ilustre, y su nombre se halla inscrito en el panteon británico.... ¿Mas por qué estrañar-lo? comer carne humana es una horrible costumbre, y sin embargo no se tiene por criminal en ciertos pueblos, contentándonos con llamarlos *canibales*: el doctor Moore era un *fisico*, ¿y quién no sabe que el hombre trata siempre de esplicar ó disculpar un hecho con otro hecho? Este es uno de los mil sofismas en que incurre el sentido comun.

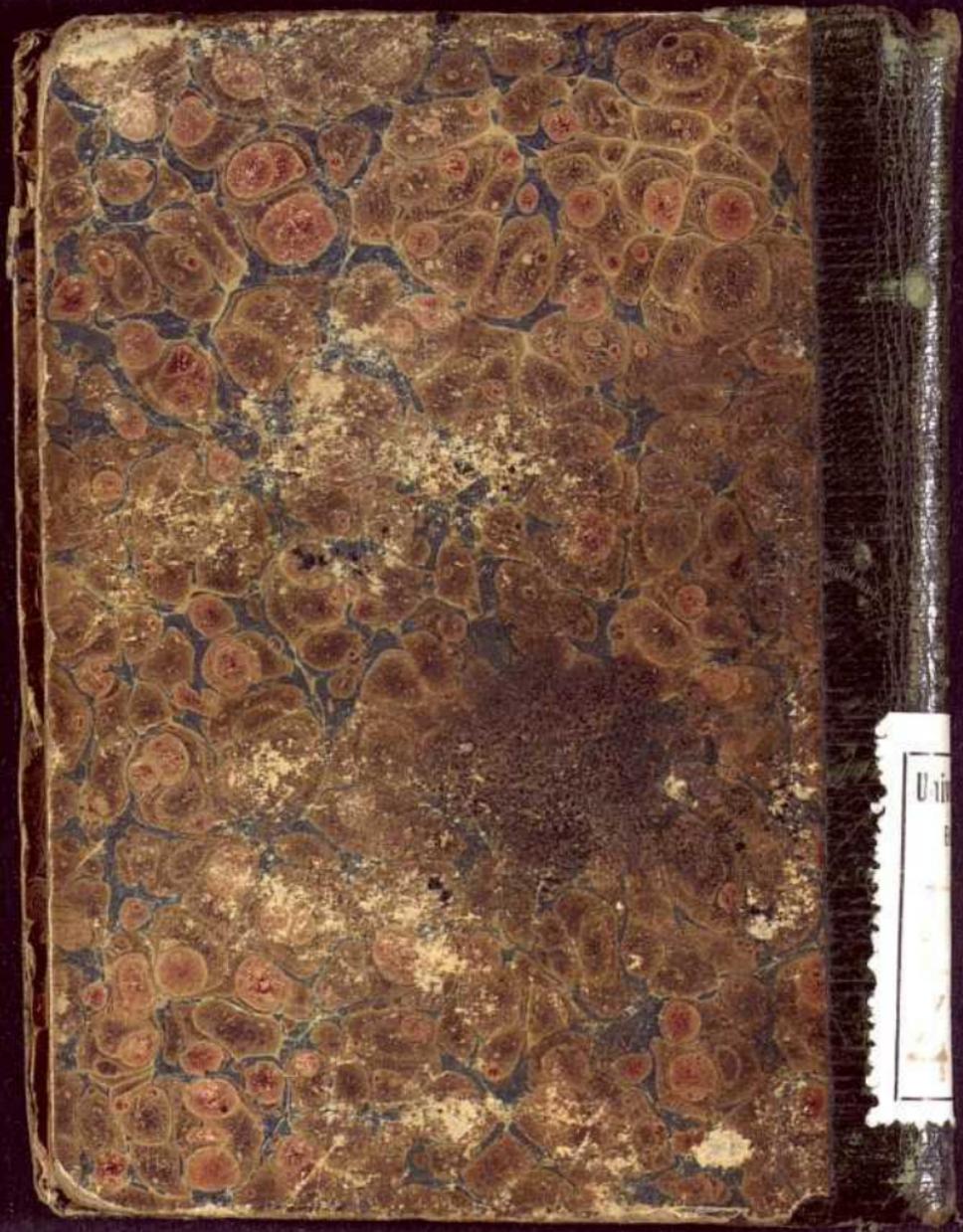
FIN DEL TOMO OCTAVO.













MISTER

DE

LONDRE



7

18

Universidad de Valencia

Biblioteca General

